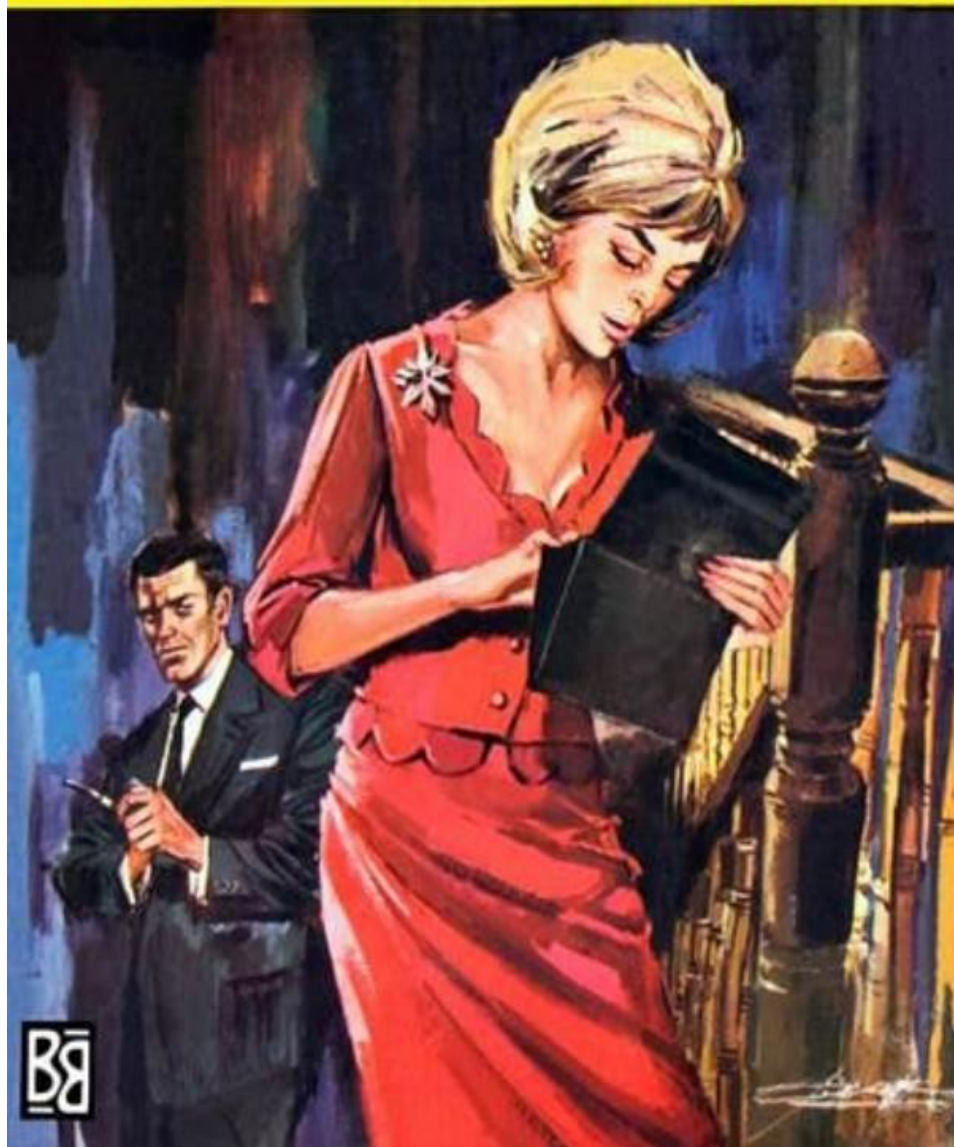




SERVICIO SECRETO

Llorarás a tus muertos

burton hare



LLORARÁS A TUS MUERTOS

DANE BURKE



LISSA
COREY

GAB



BURTON HARE

LLORARÁS A TUS MUERTOS

SERVICIO SECRETO n.º 827
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL DRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MÉXICO
RIO DE JANEIRO
CARACAS



Depósito Legal B 14.484-1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio, 1966

© BURTON HARE - 1966
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCÍA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y CARRILLO - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.**
A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 2.628/66

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

213. — Funeral para una Venus.

En Colección SERVICIO SECRETO:

823. — Las huellas del terror.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

113. — Tu nombre en una lápida.

CAPÍTULO PRIMERO

LA ausencia de luz era total, absoluta. La negrura la sumía en una terrible incertidumbre. Sus ojos trataban de horadar las tinieblas, pero no podía ver nada.

Quizá nada existía.

Ni ella misma.

Solo aquella espantosa negrura húmeda que la envolvía como un sudario, una mortaja impalpable.

Con los ojos cerrados, suspiró y luego los abrió. Siguió sin ver nada. La lluvia continuaba empapando su impermeable. El agua de lluvia y el sudor de angustia resbalaban a lo largo de sus mejillas.

Notó que las palmas de sus manos estaban demasiado frías...

El frío de la muerte tal vez.

Realmente, podía estar muerta y no se sentiría peor de lo que estaba en aquellos instantes. Ya no sentía nada en su interior, solo un gran vacío.

Y todo porque alguien había disparado desde una distancia demasiado corta para errar el blanco.

Y el blanco era Giano.

Y Giano había gritado. Un grito corto, roto inmediatamente por algo que no se atrevía a constatar pero que muy bien podía ser la muerte.

Quizás estuviese muerto allí mismo, al alcance de su mano.

«Querido Giano»...

Las lágrimas se agolparon en su garganta y en sus ojos.

«Podría echarme a llorar como una chiquilla —pensó—, pero eso sería debilidad. Giano no es débil... no «era» débil... querría que yo también fuera tan fuerte como él. Pero podría llorar a gritos...»

No obstante, lloró en silencio, en su interior torturado por la incertidumbre. Y el llanto resultó mucho más doloroso que si

hubiese podido mostrarlo al exterior.

Si por lo menos tuviese una pistola. Aunque fuera un cuchillo...

El cabello se le arremolinaba a lo largo del rostro en ondulaciones color de trigo maduro. Si encendían una linterna la delataría el brillo de sus cabellos...

«Giano, ¿dónde estás?»

No podía advertir movimiento alguno a su alrededor. El frío arreciaba con la lluvia. Sus tacones se hundían en el barro. Por entre las ramas de retama olorosa distinguía el brillo acharolado de la carretera, allá abajo, tan distante que se le antojó inalcanzable.

Arriba, en las cumbres, el viento huracanado inició un loco «slalon» lanzándose por las laderas, removiendo la nieve y doblando los pinos.

Las voces otra vez. Voces desconocidas, lacónicas. El haz de una pequeña linterna eléctrica rebotó a poca distancia de su cabeza. Apretó el cuerpo en el barro para huir de la luz.

—Creo que está listo...

—¿Estás seguro que le diste, Spring?

Alguien se movió entonces en arriesgada comprobación. Sus pasos chapotearon lentos, cautelosos. Aún tenía miedo. Giano podía estar vivo todavía, y si lo estaba dispararía.

O quizá esperaban rematarlo con plena seguridad.

Pero Giano los mataría. ¡Tenía que matarlos para vivir!

Y de nuevo las voces:

—Mira que si has fallado...

Un corto silencio. Luego...

—¡Con un demonio he fallado, fíjate! —una corta carcajada, y el asesino añadió—: ¡En plena cara! Está bien listo.

Otra vez el espantoso silencio. De modo que Giano estaba muerto, al fin y al cabo. El cadáver casi al alcance de su mano. No podía creerlo. No tenía sentido.

Se dio cuenta que los puños le dolían de impotencia, y de que se había mordido los labios con tanta fuerza que el sabor de la sangre la estremeció.

Pasos amortiguados por el barro y la nieve, alejándose. Palabras que el viento hacía suyas, envolviéndolas, llevándoselas. Y unas risas apagadas con las que las ráfagas jugaron antes de apagarlas.

Después, otra vez nada, solo la oscuridad, el dolor, la muerte en

el alma. Recordó que el hombre que tanto había amado yacía allí, a poca distancia. Lo había sido todo para ella, sin importarle a la muchacha lo que era él.

Y ahora estaba muerto...

«Giano, querido Giano...»

Oyó el zumbido de un automóvil en la lejana carretera, alejándose.

Se levantó, sacudiéndose el barro del impermeable. El viento arremolinó sus cabellos, que ondearon como una bandera de combate.

Un combate perdido de antemano.

Su mirada recorrió la oscura pendiente cubierta de nieve, barro y pinaza. Solo entonces avanzó como una automática, guiada por el oscuro instinto de la muerte.

Hasta que vio el cadáver del hombre.

Tumbado sobre el pecho, la cara hundida en la nieve...

—¡Giano!

Gritó a pesar de querer evitarlo. También su corazón gritaba, aullando de dolor hasta romperse...

Cayó de rodillas junto al hombre. La nieve se había oscurecido alrededor de la cabeza.

«Sangre.»

Inclinándose, trató de volverle la cabeza para verlo por última vez.

Y entonces chilló, horrorizada.

Porque del rostro adorado de Giano no quedaba nada. La bala lo había destrozado, borrando la expresión de niño que ha crecido demasiado aprisa que tanto le gustaba a ella.

Pero el horror cedió pronto. Acarició aquellos cabellos tan negros, finos y suaves, que ya otras veces había sentido entre sus dedos. Eran los de su amado, sin la menor duda.

Al cabo de unos minutos se obligó a sí misma a mirarlo de nuevo.

La bala había entrado por encima de la nariz. Una bala de gran calibre... Y la sangre y el destrozo eran espantosos... pero allí estaban sus ojos.

Los ojos de Giano.

Pensó que, si alguna vez hubiera sabido rezar, rezaría ahora...

Pero solo conocía, un lenguaje y este no tenía utilidad alguna ante la muerte.

«Giano...»

Dejó lentamente la cabeza sobre la nieve. Después, incorporándose, descendió por el declive procurando no resbalar sobre la nieve o las rocas.

Se dirigió a la carretera. Era como un río negro e inmóvil abierto a la esperanza y a la vida.

Y a la venganza también.

Debía conducir a algún lugar. Ella iría a alguna parte...

Con ciento cincuenta mil dólares en el forro de su impermeable viejo y gris. Dólares para su venganza tal vez...

Los dólares de su sueño de vida con Giano... ¿para qué los quería ya?

Lo importante había sido Giano. Y Giano estaba muerto.

Anduvo por la carretera como una muñeca mecánica, con los pies chorreando humedad, resbalando, cayendo y levantándose en la oscuridad.

No supo cuánto tiempo duró esa agonía. El agotamiento había insensibilizado sus miembros. La vida parecía escapar de ella a cada nuevo paso.

Entonces, como un brillo de esperanza, el resplandor de unos faros la envolvió.

El viento ceñía las húmedas ropas al cuerpo, a aquel cuerpo sobre el que Giano de Lucca había soñado una vida distinta e imaginado un amor turbulento y casi imposible.

Movió los brazos. Su sombra se alargó sobre la carretera como un inmenso fantasma.

El auto se detuvo, patinando sobre el mojado asfalto. Era un Jaguar deportivo, de dos asientos, largo y estilizado como una saeta.

Alguien, desde dentro, abrió la portezuela.

—Suba, no se quede ahí, helándose.

La voz del hombre era agradable y delataba una recia masculinidad. Pero no era un hombre como Giano, desde luego, aunque tenía un mentón pronunciado y agresivo, y unos ojos grandes y grises, color acero, inquisitivos y burlones.

—¿A dónde se dirige? —preguntó el dueño del coche.

—Atlanta.

Lo mismo daba un lugar que otro.

Pensó que para ella solo había contado el amor...

¿Y para Giano?

Él buscaba algo intangible que nunca acababa de encontrar. Unas veces era dinero, otras una mujer. Pero jamás estaba satisfecho, quizá porque lo que buscaba con tanto ahínco estaba en su interior y no sabía descubrirlo.

Y no lo encontró jamás...

Solo había podido encontrar una bala bien dirigida.

—¿Se había extraviado? —de nuevo la voz del hombre—. ¿O va a decirme que viaja por negocios?

Sarcástico. Bueno, si esperaba una respuesta...

—Le echaré a perder el tapizado —murmuró—. Me he caído en el barro y...

Su voz se ahogó.

El desconocido dijo, encogiéndose de hombros:

—No importa.

Pisó el acelerador y el poderoso motor vibró como un ser vivo. Ella vio como la velocidad aumentaba temerariamente. No obstante, se fijó en las manos de piel tostada y curtida por el sol que manejaban el volante casi con suavidad y se sintió llena de confianza.

—Yo también me dirijo a Atlanta —la recia voz llenó el reducido espacio, y prosiguió—: Me llamo Burke... Dane Burke. Soy uno de esos tipos vagabundos que nunca están satisfechos. Por eso me encanta viajar.

Le tendió la mano. Ella titubeó, pero finalmente dejó que la suya se perdiera dentro del cálido apretón.

Sintió que las lágrimas se agolpaban en sus pupilas. Luchó por contenerlas.

Él la dio una rápida ojeada y concentró su atención a la carretera. No obstante, preguntó:

—¿Un fin de semana fracasado tal vez?

—Sí...

«Dios, no puedes comprender hasta qué punto ha fracasado.»

—¿Cómo se llama?

—Lissa.

Contestó espontáneamente, sin reflexionar. Se arrepintió al instante.

Sintió los cálidos ojos de él recorrerla con detalle, escrutadores. Entonces recordó que al oír los primeros disparos se había levantado de la cama y echado sobre sus hombros el impermeable, saliendo fuera de la cabaña sin importarle su casi desnudez. Instintivamente, sus manos alzaron las solapas del impermeable para cubrir con ellas el profundo escote, demasiado blanco e incitante a la luz del salpicadero.

El muchacho siguió conduciendo en silencio.

«Iban en busca del dinero seguramente —pensó—... Se enteraron por la Prensa y averiguaron que estábamos en la cabaña, esperando una oportunidad para salir del país...»

—¿Es cierto que hay salmones por ahí arriba?

La voz la desconcertó momentáneamente.

—Sí... pero yo solo encontré truchas... Las corrientes son muy rápidas...

«¿Qué diablos harás ahora, Lissa Corey? Si ellos van detrás del dinero te buscarán a ti y entonces... Pero ¿por qué se han marchado después de matar a Giano? No lo han buscado siquiera... Además, te echarán encima el asesinato de Giano y...

—Bueno, yo iba a pescar a Down Springs y a Main Creek. Me gustaba pescar, pero acabé aburriéndome. No puedo decir que fuera ningún frenesí de emociones precisamente.

—Solo que pescando una puede pensar y pensar... en sí misma.

Hubo de realizar un titánico esfuerzo para no estallar en pedazos.

Otra vez sintió los ardientes ojos del hombre recorrerla con descarado detalle. Por el rabillo del ojo le vio apretar con fuerza el volante. Luego, las manos se aflojaron de nuevo y él dijo:

—Es difícil conducir y admirar a un tiempo, ¿sabe? Y usted es digna de un detenido examen... Como cuando uno desea cerciorarse de que no sueña.

—Puede ahorrar los cumplidos. No me siento con ánimo para soportarlos esta noche.

—No es ningún cumplido.

Trató de sonreír. Fracasó.

Quizá con el tiempo podría volver a sonreír. Pero Giano... su

recuerdo...

No, jamás volvería a reír como antes.

Volvió la cabeza y examinó el recio perfil del desconocido. En los ojos color de acero brillaba una lucecilla entre cálida y burlona.

Intentaría besarla, seguro. ¿Cómo reaccionaría ella? No quería ser besada por ningún hombre después de Giano... jamás...

¿Por qué no había regresado a la cabaña?

Reconoció que tuvo miedo. Además, ¿qué quedaba allí, una vez muerto su amado? Algunas prendas de ropa y una maleta vacía. La policía las identificaría fácilmente como pertenecientes a Lissa Corey, la amante de Giano de Lucca.

No importaba. Nada importaba ya...

—No me crea impertinente, pero hay lágrimas en sus ojos. ¿Puedo hacer algo para alegrarla?

«Lágrimas en mis ojos... ¿qué sabes tú de lágrimas, apuesto desconocido?»

—No... no importa...

—¿Quiere que ponga un poco de música?

—No.

—Las mujeres como usted me intrigan... Es tan hermosa, y parece tan desvalida y sola que...

—¡Por favor, cállese!

—Okey. Seré mudo como una esfinge...

Se mantuvo en silencio hasta Center Hill.

Y ella pudo pensar con relativa calma.

Examinó todas las alternativas. Bernie Brown sabía que iban a salir del país y que el golpe le había producido a Giano ciento cincuenta mil dólares en efectivo, pero desconocía su paradero. Feeney les esperaba en Marathon —Vaca Key— con su lancha en disposición de hacerse a la mar al instante, rumbo a cualquier país sudamericano...

Y estaban los otros: Harry Keller, Salvatore Ciari, Charlie Samon y McCune, figuras primarias y elementales en el mundo de Giano, aquel mundo que tanto había odiado y amado, pero sobre todo vivido, porque había sido el suyo propio desde que tenía uso de razón...

Y una mujer. Sintió una bocanada de náuseas al recordarla. June.

Volvió a ver mentalmente su imagen, espléndida bajo los focos, alimentando a los hombres con la visión de sus encantos apenas velados en el escenario, destruyéndolos con su mirada, con sus ojos hipnóticos como los de una serpiente.

Giano había caído bajo su influjo. Después, al conocerla a ella, se la había sacudido de encima. June no la había perdonado jamás.

Estaban todos, el «*Sindicate*» en pleno. Aquella fibrosa organización cuya finalidad nunca había comprendido muy bien, pero cuyos frutos eran bien palpables. Todos ellos supondrían que ella había traicionado a Giano para quedarse con el paquete de billetes.

Y la policía. Había que contar con ellos también.

La conocían. Sabían que ella estaba unida a la vida del hombre más temido de todo el país. Incluso los policías temían a Giano... a un hombre al que ella había amado apasionadamente, aun a sabiendas de que era un delincuente.

Cerró los ojos y recostó la cabeza en el respaldo del asiento.

Sintió miedo. Sintióse sola, terriblemente sola...

CAPÍTULO II

—ESTAMOS llegando a casa, pequeña.

Abrió los ojos al oír la voz. Las primeras luces de la ciudad desfilaban, raudas, por la ventanilla.

Pensó en el establecimiento que Harry Keller había abierto allí hacía poco tiempo.

Harry Keller un excelente muchacho que con el tiempo llegaría al nivel de Luciano... si es que no había llegado ya.

—Lléveme al Keller's Club, por favor.

—Bueno, bueno... un lugar edificante donde uno encuentra un poco de todo —percibió un leve matiz de desilusión en la voz de él—. La policía anda loca buscando un pretexto para darle el cerrojazo. El amo de todo el montón de basura es Harry Keller, un fascinante hijo de perra con un jabeque en la mejilla. Conocí a una chica que... Pero esa es otra historia. Censurada.

Las calles comenzaban a poblarse de coches y peatones a medida que se internaban en la ciudad. Ya no llovía, pero el viento arremolinaba un polvillo de nieve que empapaba igual que la lluvia.

Él maniobró con habilidad. Poco después, el largo convertible se detuvo con un suave balanceo. La mirada del hombre se hizo más intensa, acariciante casi.

—¿No volveré a verla, mi bella desconocida?

—Espero que no... por su bien. Llevo la mala suerte pegada a los talones.

—No creo en la buena o mala suerte. Cada uno se forja su propio destino. Yo puedo torcer cualquier racha de mala suerte... si me lo propongo. Tal vez... pudiera hacerla feliz.

Lo dijo sonriendo, quitándole transcendencia a sus palabras.

¿Por qué le atraía aquella sonrisa?

El cadáver de Giano estaría enfriándose...

¿Nacía en ella un sentimiento de gratitud? Quizá veía en el ejemplar masculino que tenía tan cerca a un hombre mejor de los que ella había conocido hasta entonces...

—Dígame —insistió él—. ¿Podré volver a verla?

—No sé... Tal vez...

—De cualquier manera, Lissa, recuérdeme cuando se sienta muy sola. Piense en el hombre que la encontró desvalida en medio de la noche.

Río. Fue una risa armónica y agradable. Era un tipo simpático, y rudo también a juzgar por su poderoso aspecto. Y decía cosas agradables sin darles la menor importancia.

Saltó a la acera y cerró la portezuela. Aún pudo distinguir el brillo acerado de aquellos ojos antes que el coche se alejase con un rugido del motor.

Oprimió el impermeable contra su cuerpo. Estaba helada, al salir del cálido interior del auto y sentirse envuelta por el frío viento nocturno. Echó a andar hacia la iluminada entrada del Keller's Club. Al llegar ante ella tropezó con una muralla uniformada con gorra de plato y cordones dorados por todas partes.

El gigantesco portero la miró con ojos como platos. Su cuerpo era esbelto, erguido y firme; desafiantes los senos, plena y escultural la curva de las caderas y breve su cintura. Sus ojos oscuros contrastaban con los cabellos rubios que el viento arremolinaba alrededor de su rostro. Los labios eran un toque incitante, rojo y jugoso. Las piernas largas y bien moldeadas podrían haber servido de exquisito modelo a un dibujante de publicidad.

El portero parpadeó y su cara brutal se iluminó con una sonrisa.

Ella dijo:

—Necesito ver a Harry Keller. Es urgente... Esperaré si es preciso.

—Pero no aquí, en la calle. Sígame.

Abandonó su puesto y guio a la muchacha por un pasillo que se abría al lado de la entrada. Subieron unas escaleras, recorrieron un largo pasillo, y al fin el gigante llamó a una puerta con los nudillos.

—¿Quién? —gruñó una voz desde el interior.

—Peter, patrón. Una dama desea verle.

—Está bien, puede entrar.

El portero abrió la puerta. Lissa entró en una oficina de chillón

decorado, lujosa y recargada.

Y allí estaba Harry Keller.

—Hola, Harry.

Él se levantó, avanzando a su encuentro mientras la puerta se cerraba a sus espaldas.

—Me alegro de verte... La bella Lissa vuelve al hogar... ¿Qué tal suena eso?

—Horrible.

Se derrumbó sobre una butaca. Sintió los ojos escrutadores del hombre clavados en ella.

—¿Y Giano?

—Se ha quedado en Scarpade Point. Vine a hacer unas compras... He tenido un accidente con el auto, cerca de aquí, Harry. Mis ropas han quedado inservibles. He recordado que estabas casi al alcance de la mano y... Bueno, tendrás que proporcionarme todo un equipo. No puedo exhibirme por ahí casi desnuda.

—De manera que Giano está en las cercanías...

Ella se estremeció.

—En una cabaña. De vacaciones, ¿comprendes?

—Con ciento cincuenta mil dólares se pueden gozar unas estupendas vacaciones. Sobre todo, teniéndote a ti, además.

Ella sabía que jugaba una carta desesperada. A Harry Keller no le importaba lo más mínimo la vida de Giano, pero existía en todos los miembros de aquella organización un raro sentido de la lealtad. Si sospechaba que ella había tenido algo que ver con la muerte de Giano...

Además, Keller había cambiado mucho. Las líneas de su rostro se habían endurecido. La mirada se le había helado en algún rincón de sus ojos y ya no era tan suave como antes.

—Bueno, no te preocupes. Tengo aquí algunas chicas más o menos de tu misma talla. Te equiparé de arriba abajo...

—Sabía que podía contar contigo.

—Buen muchacho Giano —comentó él distraídamente—. Buen chico. Nervios de acero. Mucha calma y mente clara. Tiene un porvenir excelente. Hombres como él recogerán la herencia de los «grandes». Le aprecio de veras, querida... Si no fuera precisamente él quien acapara tu amor intentaría conquistarte.

—Está bien, Harry. Deja ya de alimentar tu vieja lujuria y

ocúpate de mis vestidos. Debes respetar las amigas de tus amigos.

Él se echó a reír.

—Eso es lo único que me detiene. Siempre he codiciado esa sonrisa tuya, triste y sugerente a un tiempo... Eres una chica excepcional.

Harry descolgó el teléfono de comunicación interior. Cuando estableció contacto con la mujer que deseaba dijo:

—Lil, mándame a una de las muchachas con un vestido que esté en buen uso, además de ropa interior... ya sabes, un ajuar completo. De la talla de Sally por ejemplo... ¿comprendido? Date prisa...

Colgó, sonriendo.

Ella pensó que si la noticia de la muerte de Giano llegaba hasta él demasiado pronto...

Pero no lo sabría hasta mañana por lo menos. Y mañana estaría lejos, huyendo, quién sabe hacia dónde...

Entonces se abrió una puerta disimulada en el muro y entró June.

Se estremeció al verla. Siempre se le había antojado una serpiente venenosa.

Piel blanca, satinada. Ojos brillantes, casi fosforescentes, clavados en ella. Había tanto odio y tanta lascivia en aquellos ojos que Lissa sintió deseos de echar a correr.

—June...

—¿Cómo estás, monina? Y Giano, ¿cómo no ha venido contigo? Y ahora que me fijo... ¿te caíste de narices en un estercolero acaso?

—He tenido mi accidente...

—¡Qué cosas! —había sarcasmo en su voz. Y odio, y envidia... No le había perdonado que le arrebatara a Giano—. Pensándolo bien, hay ciento cincuenta mil «papiros» por en medio. Giano y tú sois el centro de atención de todo el país. Mi enhorabuena... ¿Y qué ha pasado ahora? No me lo digas, déjame adivinarlo... ¿quizá se ha producido alguna desavenencia en el reparto?

Lissa respingó.

—Sigues teniendo la mente sucia, querida —espetó entre dientes.

—Ya lo sé. Y ya sé también que os amáis apasionadamente y todas esas cosas, pero ciento cincuenta «águilas imperiales» son

ciento cincuenta mil razones para que el amor se esfume...

Harry frunció el entrecejo. Extrajo un cigarrillo y lo encendió.

Tras esto dijo:

—¿Por qué no dejáis de soltaros lindezas, queridas? Me pregunto si tanto antagonismo tiene por fondo el simpático Giano...

Ninguna de las dos replicó. Lissa no perdía de vista al hombre. Si las palabras cargadas de veneno de June le hacían mella podía considerarse perdida.

Pero, absolutamente, desechó cuanto había oído y se dedicó a fumar con absoluta calma.

Llamaron a la puerta y entró una muchacha pelirroja. Dobladas sobre el brazo llevaba todas las prendas que Harry había pedido.

—Gracias, linda —sonrió el hombre—. Déjalo todo ahí, en esa silla... Estupendo. Puedes volver abajo.

La pelirroja se fue sin haber despegado los labios. June refunfuñó:

—Trátala bien, Harry... Siempre ha parecido una niña desvalida. Yo tengo que actuar abajo o los clientes se impacientarán...

Salió con sus andares provocativos. Lissa comentó:

—Todavía me odia.

—Ella quería a Giano.

—No lo quería. Lo consideraba como de su propiedad... Por eso piensa que yo le robé algo que era suyo.

—Tal vez tengas razón. Es una mujer estupenda en el escenario, pero insoportable fuera de él.

—Si sales unos instantes, Harry, me cambiaré de ropa...

—Oh, seguro... Giano se pondría quisquilloso si llegase a saber que había contemplado tu *strip-tease* privado.

Se echó a reír, pero salió del despacho, advirtiéndola:

—Esperaré en el pasillo. No tardes. Tomaremos unas copas juntos antes de que te vayas.

Al quedar sola, Lissa se desnudó, vistiéndose luego las ropas que la pelirroja le había facilitado. Se alegró de que encajaran en su cuerpo como un guante. Sus cabellos contrastaban vivamente con el color verde limoso del vestido, que quizá dejaba al descubierto una porción excesiva de piel en muchos lugares.

Se disponía a llamar a Harry cuando el teléfono rompió a sonar con estridencia.

Se sobresaltó sin saber exactamente por qué.

Harry entró sin llamar, le dedicó una apreciativa mirada y descolgó el auricular, por el que escuchó durante unos instantes. Lissa le vio palidecer, sintió sobre ella el dardo de aquellos ojos helados y supo que estaba perdida.

Tras unos gruñidos de conformidad, Harry colgó y, volviéndose hacia ella, masculló entre dientes:

—Bueno, bueno... vamos a tener que charlar largo y tendido tú y yo... maldita zorra.

CAPÍTULO III

PEQUEÑOS copos de nieve caían arremolinados por el viento. El fiscal soltó un gruñido. A su lado, el viejo juez Benson refunfuñó, temiendo por su reuma.

Ante ellos, el teniente Callahan escuchaba las explicaciones del forense, con las manos hundidas en los bolsillos y el vapor escapando de su aliento como una pequeña nube.

—Casi podemos estar seguros que se trata de un «45». El orificio de la cara lo demuestra. Tiene otro balazo en el pecho. Los dos disparados desde corta distancia.

—Aun así, se necesita una puntería formidable para acertar en esta oscuridad.

—Pueden llevarse el cadáver cuando quieran. Quizá con la autopsia pueda decirle algo más.

El fiscal hizo una seña a los fotógrafos oficiales.

—Vamos, muchachos, dense prisa.

Hubo algunos silenciosos relámpagos de luz.

—Mil demonios, que frío hace... —se quejó el juez.

—¿Alguna duda sobre la identificación? —rezongó Prater.

—En absoluto —repuso el teniente—. Era un tipo tan célebre como un astro de Hollywood. Todo el mundo le conocía. Tiene ficha en la mayoría de estados de la Unión... Era un pez gordo del *Spectacle Syndicate*... Su última aventura le reportó ciento cincuenta mil dólares en efectivo. Me pregunto si nuestro prominente ciudadano Keller tendrá algo que ver en esto.

—¿Harry Keller?

—Él también es miembro de ese condenado Sindicato.

—¿Hay manera de probarle algo por poco que sea? —quiso saber el fiscal.

—De momento no... está tan limpio como un recién nacido. Por

lo menos, en nuestro estado. No obstante —añadió Callaban—, será interesante hacer algunos tanteos por ese lado. Keller me revienta, sencillamente.

—¿Dónde están los efectos personales del cadáver? —quiso saber el juez, que tiritaba violentamente.

—En el coche, señor.

El teniente Callahan explicó:

—Hemos encontrado ropas femeninas en la cabaña. La mujer debió asustarse y huyó después de disparar. Y a juzgar por las prendas que hay arriba opino que escapó medio desnuda. Tendrá que proveerse de ropa en alguna parte.

—Sin embargo —opinó el fiscal—, parece que le dispararon desde esta dirección, como si el asesino viniera de la carretera...

—Ya he pensado en eso —gruñó Callahan—. De momento todo son conjeturas. Si ella esperaba en la cabaña tal vez escapó al darse cuenta que habían matado a su amiguito...

—Había unos anzuelos en el bolsillo del impermeable del cadáver. ¿Le gustaba la pesca?

La voz del juez era tan delgada como una aguja. El frío le vencía.

—Es posible. Y pensándolo bien —opinó el fiscal—, no creo que sea la mujer quien le ha volado los sesos. Imaginen lo improbable del caso. Ninguna mujer bajaría medio desnuda, en una noche como esta, para esconderse entre las rocas y aguardar el regreso del hombre. Si deseaba matarlo, podía haberlo hecho perfectamente en la cabaña.

—Eso es cierto —refunfuñó Callahan, soplándose las puntas de los ateridos dedos.

Algunos coches estaban llegando abajo, a la carretera. Poco después, un grupo alborotado comenzó a ascender la resbaladiza ladera.

Callahan soltó una maldición.

—¿Quién demonios ha avisado a esos chupatintas? Debe haber filtraciones en alguna parte, juez.

Los reporteros llegaron jadeando y alborotando. Algunos de ellos sacaron frascos-petaca de whisky y bebieron directamente de ellos para entrar en calor.

De mal talante, Callahan les indicó:

—Ahí tienen la carnaza. Hártense. Pero antes, quiero saber quién les avisó.

—Secreto —rio uno de ellos.

—Muy bien, largo de aquí. Nosotros podemos mantener secreta una investigación y echar a los reporteros a patadas también.

El periodista soltó una risita.

—Está bien, usted me produce úlcera, Callahan. Alguien telefoneó a la redacción de todos los periódicos dando cuenta del suceso. Nos pareció lo bastante importante como para venir hasta aquí.

—¿Quién llamó?

—Regístreme.

—¿Hombre o mujer?

—Una voz extraña... falsa como un dólar de fabricación casera. Quizá se tapaba la boca con un pañuelo. Parecía alguien con un resfriado tremendo.

—Ya veo... Está bien, adelante. Pero traten de no adornar demasiado sus delirantes relatos.

—¿Cómo lo mataron?

—Descúbranlo ustedes mismo. Todo lo que voy a decirles es que tenemos un cadáver: el de nuestro gran amigo Giannomo de Lucca. Eso es todo.

El reportero suspiró:

—¿Y el dinero? —quiso saber.

Callahan rio suavemente.

—No esperaría usted que lo llevase en el bolsillo. Claro está que quien lo mató iba en busca del paquete de billetes.

—¿No pudo existir otro motivo? Últimamente, las cosas del Sindicato no iban del todo satisfactoriamente. Hubo disputas... rencillas... Cuestión de competencia, si no me equivoco.

—¿Por qué cree que me ocupo de este asunto? —rezongó Callahan de mal talante—. Pero lo mataron por los ciento cincuenta mil. De eso no hay la menor duda.

—¿Estaba escondido en la cabaña?

—Seguro. Y se dedicaba a la pesca. Hay montones de cañas y anzuelos arriba. Y debería haber también una mujer, pero ha desaparecido.

—Ese resulta el toque ideal para nuestra información. El toque

sensual y romántico... Buscaremos a la mujer.

Los periodistas se apartaron de los hombres de la Ley, para dedicarse a su trabajo.

El fiscal gruñó entre dientes:

—Muchos la buscarán. El premio se lo llevará el que la encuentre primero.

Callahan le dio la razón y comenzó a descender la resbaladiza ladera.

Volvieron a agruparse junto a los coches oficiales. El fiscal entró en el del teniente y encendió un cigarrillo. Esperaron a ver alejarse los coches del doctor y el del juez antes de ponerse en marcha.

Entonces, el fiscal refunfuñó:

—Vamos a tener mucho trabajo, Callahan. No va a ser un caso sencillo. Apuesto que no fue ella.

—Cuanto más lo pienso yo también llego a esa conclusión. Habrá que lanzar un aviso radiado para poner en estado de alerta a nuestras patrullas de carretera...

De pronto, se le ocurrió a Prater la idea de que iban a sentarse sobre un avispero. El *Spectacle Syndicate* era poderoso. Habían extendido sus tentáculos a lo largo y a lo ancho de todo el país. Su materia prima eran las chicas susceptibles de ser transformadas en coristas, primeras figuras y hasta «vedettes» de primera fila. Luego, los conjuntos musicales y las «voces de oro» capaces de estremecer a un público de sufragistas a ultranza, y con la suficiente carencia de seso para dejarse dominar y expoliar a cambio de los aplausos.

Y su fuerza era una bien orquestada propaganda.

Y por debajo...

Prater sintió un escalofrío al vislumbrar lo que había debajo de toda esa fachada, ruidosa y vocinglera, en el fondo de un abismo de ignominia; prostitución organizada, juego, drogas...

Y, como siempre, unos pocos «magnates» vivían como reyes manejando los hilos de un imperio de destrucción, deshonor y muerte. Unos hilos a cuyos extremos se consumían, destruyéndose, miles de vidas humanas hundiéndose en todas las degradaciones.

Y Giannomo de Lucca había llegado a ser el hombre fuerte, el brazo ejecutor de aquella extraña versión del crimen organizado. Hasta que había decidido dar un golpe por su cuenta y riesgo, seguramente para independizarse.

De manera, que alguien tenía en sus manos ciento cincuenta mil dólares contantes y sonantes. Probablemente el autor del crimen.

Quizá la muchacha.

Cuando se apearon frente a la fiscalía, contigua al edificio del Ayuntamiento, Prater se confesó a sí mismo que estaba cansado. No le asustaba la perspectiva de lo que se avecinaba, pero no veía el modo de comenzar.

—¿Sube conmigo, teniente?

—Seguro. No voy a quedarme aquí, con esta ventisca...

El despacho estaba caldeado por la calefacción. Tomaron asiento, encendieron unos cigarrillos y durante unos instantes ninguno pronunció una palabra.

—Lo malo de un caso como este —rezongó al fin el fiscal—, es que uno nunca sabe quién dará el siguiente paso, si nosotros o esos bastardos...

—Nosotros —afirmó Callahan con voz sorda.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Solo tenemos una posibilidad, la muchacha. No podemos desperdiciar esa pista. Debemos encontrarla antes que los asesinos... suponiendo que estén buscándola. Ella es nuestra esperanza porque tal vez haya reconocido a los criminales. Hemos de cazarla a cualquier precio.

—Sí, eso es fácil de decir...

Prater sentíase descorazonado, tal vez a causa del tiempo y del frío. Pero sabía que iban a sumergirse una vez más en aquel piélago nauseabundo y terrible en el que los seres y las cosas tomaban nombres distintos de los habituales y nada tenía valor excepto el dinero. Un mundo oscuro y sucio en el que la muerte violenta era solo un simple accidente, rutinario casi.

Conocía aquel submundo y a la fauna que lo habitaba. Pero quizá esta vez tuviera la oportunidad de echarse a la cara la aristocracia del crimen, para poder estudiar la trama del delito organizado, burocratizado... y aplastarlo después.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —sonrió Callahan.

—Por cualquier parte. Hay que rastrear a esa mujer, teniente.

—Sí, y hace una noche estupenda para semejante trabajo —refunfuó el aludido.

Pero, levantándose, salió del despacho.

Prater suspiró, recostándose en el asiento. Y, a su manera, envidió a Callahan.

CAPÍTULO IV

—¡T E juro que estás equivocado, Harry! —sollozó Lissa—.

Yo estaba allí cuando lo mataron, pero no pude hacer nada...

Algo muy parecido a la muerte asomaba a los ojos del hombre.

—Giano era un muchacho excelente, perra. Y te ayudó, pregonando a los cuatro vientos que estaba enamorado de ti. Han sido esos ciento cincuenta mil dólares, ¿verdad?

Ella no pudo evitar que sus ojos se dirigieran fugazmente hacia el impermeable, que seguía tirado sobre el respaldo de una silla.

—Mucho dinero —prosiguió Keller, implacable—. Demasiado dinero para una mujercita débil y desvalida como tú. Puedo comprenderlo hasta cierto punto, pero eso no desvirtúa el que hayas liquidado a Giano. El pobre muchacho debió pensarlo dos veces antes de perder el seso por ti. ¿Dónde está el dinero, Lissa?

—¡Por favor, Harry... yo no maté a Giano!

—Mientes. El que me ha llamado por teléfono parecía muy enterado de los detalles... ¿Dónde, zorra?

—¡Harry...!

—¡Basta de eso!

Extrajo una pequeña navaja de resorte, algo semejante a un brillante juguete. Sonó un leve chasquido y una hoja relampagueante saltó fuera de la empuñadura.

—Ya imagino que no eres tan estúpida como para llevar el paquete de billetes encima... pero antes que haya terminado contigo me dirás todo lo que quiero saber... con todos los detalles.

Lissa se irguió. Una corriente de hielo culebreó por su cuerpo a la vista del acero. Pero por encima del terror sintió una oleada de odio, de humillación.

—Puedes herirme, Harry —silbó entre dientes, los ojos chispeantes clavados en los de él—, pero nunca me humillarás lo

suficiente para que vuelva a rogarte piedad. Anda, héroe, clava ya tu maldito cuchillo.

La hoja de acero se detuvo a una pulgada de su garganta. La agitada respiración del hombre, inclinado sobre ella, azotó su rostro. Sentía también la mirada de hielo hundírsele en las entrañas, como desnudándola ...

Él avanzó un poco más la mano. Temblaba.

—¿Sabes? —murmuró, ronco—. Hubieras podido ser mía si yo hubiese tenido el coraje suficiente frente a Giano... o si tú hubieses sido más inteligente...

Repentinamente, inclinó la cabeza y la besó violentamente. Ella luchó por desasirse. Sintió asco de sí misma...

«El cadáver de Giano todavía está caliente... o quizá no, la nieve debe haberlo helado...»

—Esto debiera haber sucedido mucho antes —resopló el hombre, apartándose un poco, pero sosteniendo el cuchillo cerca de la tersa garganta—. Quizá nuestras vidas hubieran sido otras...

Una oscura náusea la invadió. Sabía lo que suponía rechazarlo en aquellos momentos, pero era preferible mil veces la muerte que someterse una vez. Ya nunca volvería a ser lo que fuera...

—¡Suéltame!

—Lissa...

—Yo no lo maté, Harry, puedes creerme. Pero no podía quedarme allí hasta que me echasen el guante. Tenía que huir y vine aquí...

—¿Y el dinero?

—Harry, escúchame...

—¡Maldita sea! Mataste a Giano para quedarte con los ciento cincuenta mil. Y ahora voy a apoderarme de ti, ¿entiendes? Por entero, y envuelta en dólares como un hermoso regalo...

—¡No me toques!

—¿Cómo vas a impedirlo? O tal vez prefieres que te amanse con algunos cortes en tu cara adorable... aunque entonces ya no daría gusto besarte... y yo quiero besarte, ¿entiendes? Pero también quiero los ciento cincuenta mil dólares... y te quiero a ti...

La navaja dejó de presionar su garganta. Las manos del hombre se cerraron en torno a ella, dejando caer el arma. Y la besó, y ella se sintió morir... deseó gritar, pero sabía que era inútil. Sus gritos no

atravesarían aquellas paredes...

Y entonces él la soltó bruscamente. Ambos volvieron la cabeza hacia la puerta con incredulidad y sorpresa, porque alguien estaba aplaudiendo como si acabase de ver una escena teatral bien representada. Alguien cuyos ojos grises color de acero mostraban una dureza de tungsteno, chispeando con un brillo mortal.

—Espléndido, Keller —dijo, sarcástico—. En ti hay fibra de actor. Un poco pasado de moda, a lo Valentino, pero podría aprovecharse para un cuadro artístico del penal de Juliet por ejemplo...

Con un rugido de furor, Harry lanzó a Lissa lejos de sí y su mano voló hacia su sobaco izquierdo. Todo ello determinó el que Lissa presenciara por vez primera en su vida una auténtica exhibición de judo de la mejor calidad.

Harry no tuvo tiempo de advertir siquiera cómo sucedían las cosas. Se sintió levantado del suelo, comprendió que estaba volando y luego rebotó con un estrépito terrible contra una mesita enana. La mesita se hizo pedazos. El corpachón de Keller dio una voltereta y quedó inmóvil, gimiendo.

Dane Burke sonrió.

—Deberías conservarte más en forma, hijo de perra...

El estruendo debía haber alarmado a los mastines que merodeaban por el edificio. Pesados pasos ascendían por alguna escalera, y voces excitadas se acercaban como una marea.

Burke cerró las dos puertas con llave y se volvió al caído y casi inconsciente Keller. Acercándose a él, lo levantó por los sobacos, sentándolo en una butaca. Tras esto, le quitó una automática de gran calibre, que guardó en su bolsillo.

—Eso está mejor... —dijo.

Keller se levantó, rugiendo de furor. Fue una equivocación por su parte, porque de nuevo entró en acción aquella especie de torbellino, y una vez más vio cómo el techo giraba, y las paredes venían a su encuentro en un ángulo absurdo, y luego el techo estaba abajo... y finalmente, la espalda y cabeza golpearon con un impacto brutal contra un muro y el mundo pareció desplomarse sobre sus huesos entre rumores de huracán.

Alguien, vociferando, golpeó la puerta interior. Dane Burke se acercó al caído y una vez más lo levantó, abofeteándolo para

despejarle el cerebro.

—Tú repetirás mis palabras, compadre. La jauría que tienes ahí fuera están alarmados por el estrépito, de manera que vas a decirles algo así como: «Idos al infierno, muchachos... ¿es que no puede uno divertirse un poco?» Esto nos dará un margen de tiempo suficiente para pensar qué es lo que vamos a hacer con tu apestosa persona...

Más golpes amenazaron con echar abajo la puerta. Harry, pálido y con un dolor de infierno en todo el cuerpo, gritó lo que su asaltante le indicaba y el alboroto, fuera, cesó de golpe. Después, los pasos y las voces se alejaron otra vez.

Entonces, el pistolero se enfrentó con el intruso.

—Yo le conozco a usted... ha estado varias veces abajo, en mi local...

—Dane Burke, ese es mi nombre, Keller.

—Dane Burke... —repitió Harry—. No habrá un solo instante de su vida en el que deje de lamentarse por lo que acaba de hacer...

Dane parecía no escucharle, tan absorto estaba contemplando a Lissa.

—Sigue siendo la muchacha más hermosa de cuantas he conocido —dijo con alegría—. No importa que lleve ese vestido, o el impermeable empapado... Es una visión.

Ella pareció volver a la vida justo en aquel instante. Levantándose, tomó el impermeable, se lo echó sobre el brazo y susurró:

—No sabe lo que significa su llegada, amigo...

—Son cosas que suceden continuamente en mi vida, ya lo irá viendo... ¿Y qué hacemos con el bastardo imitador de Rodolfo Valentino?

Sacó la pistola que le había quitado a Keller, ordenándole:

—En marcha, compañero, rumbo a aquella pared... Para ti han empezado las vacas flacas...

Tan pronto Harry hubo girado sobre sus talones, le descargó un salvaje culatazo que lo abatió igual que un fardo.

—Así está mejor. Ahora podemos largarnos de aquí, preciosidad. No tenga ningún miedo, solo atégase a mis instrucciones y todo irá bien. Después le explicaré todo...

Abrió la puerta del pasillo que conducía a la calle. Todo estaba tranquilo por aquel lado, de manera que tomando a la muchacha

del brazo abandonaron el despacho pensando en lo que sucedería cuando alguien descubriese el corpachón inerte del dueño del club.

Llegaron al estilizado Jaguar sin ningún tropiezo.

Ella susurró, al sentarse:

—¿Por qué lo ha hecho, Dane?

—Quizá porque me siento paternal esta noche... O tal vez porque me agrada usted más de la cuenta.

Recorrieron algunas calles bajo la ventisca.

—Estoy agotada —murmuró—. Si pudiera dormir un poco...

—La llevaré donde podrá dormir tanto como quiera. Pero antes dígame qué pito toco yo en este asunto. De antemano estoy dispuesto a ayudarla, pero necesito saber de dónde puede venir el primer estacazo... para esquivarlo.

—Se lo contaré, pero antes dígame cómo se le ha ocurrido a usted irrumpir en el despacho de Harry Keller.

—Bueno, después de dejarla me he dirigido a casa, ¿sabe? Pero no he podido olvidarla. Después he comenzado a pensar que el Keller's era una especie de sucursal del infierno, y que usted estaba sola allí y he decidido volver con la esperanza de encontrarla de nuevo. Bueno, el portero, al que he preguntado, me ha dicho que la chica del impermeable estaba en la oficina de Keller y...

—Comprendo.

—Bueno, ¿seguimos jugando juntos o la dejo en alguna parte? Decídase, porque estoy impaciente por saber su historia.

Lissa admiró el recio perfil de aquel hombre. Sus ojos poseían una extensa gama de chispas, como si alguien estuviera soldando acero dentro de ellos.

—No sé hasta dónde puedo fiarme de usted...

—Soy todo un caballero —rió él, al tiempo que maniobraba el volante para esquivar a un perro vagabundo—. Palabra. Claro que daría un ojo de la cara y empeñaría el otro porque usted fuera mía, pero sabré contenerme. Así que adelante.

Lissa se sintió extrañamente segura al lado de él. Con voz ronca murmuró:

—Fue un golpe audaz. Giano obró con la precisión de un reloj...

—Comience por el principio, encanto. No soy telépata...

Ella negó:

—No lo comprendería. Temo que su mentalidad es demasiado

rectilínea para ello.

—¿Cada uno en una acera?

—Quizá. La mía está sin empedrar. Solo baches y lodo. Van a acusarme de asesinato y robo. Ciento cincuenta mil dólares.

Él silbó suavemente, pero no hizo ningún comentario. Dobló por una calle lateral y deslizó el coche a lo largo de la acera. Fue a detenerlo frente a un edificio de apartamentos de buen aspecto.

—Mi cueva —dijo—. ¿No siente usted frío?

Tenía frío, claro. Dentro y fuera de su cuerpo.

—Sí.

—De manera que asesinato, ¿eh? —murmuró él—. Si le presto ayuda me convertiré en su cómplice automáticamente, ¿no?

—Bueno, todavía no han puesto precio a mi cabeza —Dane rio.

—Entonces esperaré a que lo pongan para entregarla. Vamos.

La ayudó a descender. Lissa dobló cuidadosamente el impermeable y se dejó conducir al interior del edificio.

El portero nocturno levantó un rostro suspicaz mientras los seguía con la mirada hasta el ascensor.

—Y ahora vienen «ellos» detrás de mí como una jauría hambrienta... Suponen que yo he matado a Giano.

—¿Giano de Lucca?

—Sí.

Él sostuvo abierta la puerta del ascensor. No hablaron hasta que salieron de él en una de las plantas. Un corto pasillo alfombrado se extendía a su vista. Resultaba cálido y acogedor, pensó la muchacha.

Él abrió una puerta y entraron. Era un apartamento lujosamente instalado, pero con buen gusto y sin estridencias.

—Conozco un poco el mundo del hampa —anunció él con indiferencia—. A decir verdad, puede considerar que vivo de ese mundo precisamente. Y no vivo mal...

—¿Cómo es eso?

—Escribo. Relatos de misterio basados en historias reales. Artículos para revistas fustigando la corrupción... Bueno, cosas así.

—Giano pertenecía al *Spectacle Syndicate*...

—Ya lo sé —la interrumpió—. He escrito infinidad de veces sobre eso. Conozco de vista a los «grandes» del crimen. Y algunos de ellos me conocen a mí. Y no me tienen simpatía.

—¿Cree que Keller hará algo contra usted?

—Tiene que hacer algo, de lo contrario se despreciaría a sí mismo. Pero eso no me preocupa ahora. Ciento cincuenta mil dólares son actualmente mi mayor preocupación.

Lissa se dejó caer en un diván, mientras el dueño del apartamento se dedicaba a preparar unos vasos con una desmesurada cantidad de whisky. Les añadió un poco de soda y le ofreció uno.

—Eso la reanimará. ¿Todavía tiene frío?

—Empiezo a entrar en calor... Créame, soy un mal asunto —trató de sonreír y añadió—. Debería apartarse de mí si tiene sentido común.

—No quiero sentido común...

—¿Qué quiere entonces, los ciento cincuenta mil dólares?

—Tal vez una parte de ellos... Pero la quiero a usted en todo caso.

Ella se sobresaltó. ¿Qué clase de hombre era aquel?

—¿Habla en serio?

—Seguro.

—¿Por mí únicamente está dispuesto a desafiar al Sindicato?

—¿Por qué no? Es un excelente motivo a mi juicio.

—Me rindo —suspiró ella.

—¿Dónde está el dinero?

—¿De veras quiere saberlo?

—Por supuesto.

—Está dentro del forro de mi impermeable.

Lo dijo con toda sencillez, sin dramatismo. Dane dirigió una mirada a la prenda y arrugó el entrecejo.

—Que me ahorquen... tiene usted valor, chiquilla.

Ella podía contemplarlo a placer. Era un tipo magnífico. Tuvo que confesarse que la energía que irradiaba de su cuerpo era suficiente para mover una central térmica.

—Démelos. Es preciso ponerlos en un lugar más seguro, ahora que la cacería ha comenzado. Y dígame cómo pensaban escapar con el paquete.

—Un hombre llamado Feeney debía esperarnos en Marathon, con una gran lancha motora. Después... bueno, cualquier país sudamericano, y después Europa, con documentos falsos.

—Todo un plan, ¿eh? Pero con ese dinero encima jamás podrá usted vivir en paz. La perseguirán hasta en el mismo infierno, ahora que creen que usted ha matado a Giano...

—Aun así, no pienso desprenderme de él.

—Quizá tenga que hacerlo.

—¿Qué?

—Se me ocurre un plan, preciosa... Usted podría vivir una buena aventura con quince o veinte mil dólares, ¿no es cierto?

—La puedo vivir mejor con ciento cincuenta mil.

—No la viviría porque estaría muerta. Yo puedo devolver ese dinero y reclamar la recompensa del seguro. El quince por ciento seguro, quizá el veinte... ¿Lo ve claro?

—Pero tendrá usted que sacarme del país. Los del *Sindicate* me matarán si me encuentran.

—Podemos seguir el plan original... solo que usted habrá cambiado de compañero.

—¿Y qué piensa obtener usted con todo esto?

—A usted.

—Oh...

—El dinero, muñeca.

Tomó el impermeable y desgarró el forro. Sacó el delgado y largo paquete que estaba cosido a la parte baja, rodeando el vuelo de la prenda. Desprendió el paquete.

—Aquí está —susurró. Sus manos temblaban.

—Ciento cincuenta mil dólares —oyó que musitaba él.

Desenvolvió el paquete.

Lo sostuvo entre sus manos, atónita, paralizada, sin atreverse a hablar por temor a provocar un cataclismo. ¿Acaso estaba volviéndose loca?

Allí no había ni un dólar. Solo recortes de periódicos...

—Demasiado dinero —rio Dane Burke a sus espaldas—. Alguien se ha pasado de listo.

El paquete se deslizó de sus manos sin fuerza.

CAPÍTULO V

EN el silencio del despacho, las volutas de humo se desenvolvían buscando los resquicios de las puertas y ventanas. El fiscal, con los ojos enrojecidos por el sueño, reflexionaba sobre la gran cantidad de nada que habían conseguido hasta ese momento.

Cherchez la femme...

Bueno, los franceses tenían sentido del humor. Ellos estaban buscando a una mujer. Solo que parecía como si la tierra se la hubiese tragado.

La puerta se abrió con cierta violencia y el sargento Doops entró como una tromba.

—Encontré algo, jefe —exclamó—. Se trata de ese asunto de Giano de Lucca...

—Espléndido, sargento.

—Estuve hablando con Eddeman, ¿le conoce usted? Tiene un surtidor de gasolina en la boca de Tyler Street, en las afueras. Recuerda que un Jaguar rojo, con placa de la ciudad, se detuvo el tiempo justo de poner gasolina. Lo ocupaban una pareja. Lo recuerda porque le llamó la atención el estado de la mujer.

—¿Que pasaba con ella?

—Era rubia, señor. Y según Eddeman, parecía como si se hubiera metido bajo una ducha con ropas y todo. Y el impermeable gris que llevaba era de hombre. Iba dormida en el asiento, o por lo menos eso parecía. Daba la sensación de agotamiento.

Prater refunfuñó, no muy convencido. Encendió un cigarrillo y luego dijo:

—Puede haber algo positivo en esto, aunque no podemos confiar demasiado. A fin de cuentas, si llueve como mil pares de demonios no tiene nada de particular que alguien se moje. Vamos a ver a ese muchacho.

Eddeman era un hombrecillo de mediana edad, vivaracho y parlanchín.

—Me llamó la atención por lo hermosa que era —explicó con entusiasmo—. Además, también el coche era fuera de serie, usted sabe; uno de esos bólidos deportivos.

—¿Cómo era el hombre?

—No me fijé mucho en él. Había demasiado que ver en la mujer para perder el tiempo. Pero recuerdo que me pareció alto y cuadrado, con unos hombros muy anchos... Aunque uno no puede juzgar la estatura de nadie, metido en uno de esos coches europeos. Pero daba la impresión de ser muy fuerte.

—¿No recuerda el número de la matrícula?

—No; pasan tantos coches al cabo del día...

—Pero seguro que era de la ciudad.

—Eso sin la menor duda.

—Bien, creo que eso es todo. Gracias.

Mientras regresaban al centro, Doops contemplaba al fiscal intentando descubrir hasta qué punto le habían impresionado las observaciones de Eddeman, pero las facciones de su jefe no delataban la menor emoción.

No obstante, el sargento comentó:

—Si está matriculado en la ciudad, no será difícil localizar ese coche, señor. Un Jaguar rojo... No creo que haya muchos, ¿eh?

—Seguro que no. Nos ocuparemos de eso tan pronto salgamos de la siguiente visita.

—¿Qué visita?

—Harry Keller. Quiero hacerle un par de preguntas.

—¿Cree que sacará algo positivo de ese bastardo, señor?

—No tengo la menor esperanza, pero es algo que debo hacer. Y, sargento, le recuerdo que Keller es uno de nuestros contribuyentes mientras no se demuestre lo contrario...

—¿Y qué, señor?

—No debería usted mencionarlo como un bastardo...

—Oh, bueno, al demonio con él. Usted sabe bien la clase de canalla que es.

Prater ocultó una sonrisa y detuvo el coche.

El cabaret estaba a punto de cerrar. Solo la exhibición de la insignia del sargento, y la mención de la identidad del fiscal hizo el

milagro de abrirles el camino hasta la oficina de Harry Keller.

Harry había sometido a reparación toda su persona, pero le quedaban suficientes muestras de los golpes recibidos para que sus visitantes pudieran notarlo al primer vistazo.

Prater le estudió en silencio durante unos instantes. Su gesto de desagrado se acentuó. Keller le repelía instintivamente. Lo consideraba uno de esos golfos presuntuosos que sacan partido de las drogas, las mancebías y las timbas, golfos que fuman tabaco especial y se permiten el lujo de firmar cheques con más de cuatro cifras. Canallas que usan pijamas de seda japonesa y cambian de amante como de camisa. Tipos que llevan pegado a la frente un letrero que pone: «Rufián», y a los que la gente —esa masa amorfa y gris— adula y reverencia...

En definitiva, un auténtico fraude a la decencia, a la honestidad y a la rectitud.

Había una mujer con él, una espectacular representante de las fructíferas inversiones del rufián.

—Creo que ya conoce usted a June, ¿no es cierto? —la voz de Keller no era muy segura.

—La he visto en los carteles —rezongó Prater.

—Bueno, ¿puedo ayudarles en algo, señor fiscal?

—Esta visita en realidad corresponde a mis investigadores, el teniente Callahan, por ejemplo. Pero está muy ocupado y he decidido llevarla a cabo personalmente. Bien, su amigo Giano de Lucca ha sido asesinado.

Fue una buena comedia. Harry dio un paso atrás, estupefacto, ahogando una exclamación de sorpresa. June se levantó de un salto y sus ojos de serpiente se abrieron al máximo. Podría haber ganado un trofeo en Broadway, sobre las tablas.

—No es posible... —balbuceó.

Prater asintió con un movimiento de cabeza, sin apartar la mirada de aquella pareja.

Tras un silencio, Keller murmuró:

—Lo lamento... Giano era un buen muchacho.

El fiscal comprendió que la fachada era sólida. No iba a ser fácil desmoronarla.

—¿Puede decirme en qué empleó el tiempo entre las ocho y once de la noche, Keller?

La sonrisa del aludido le demostró que estaba bien parapetado.

—Por supuesto, con mucho gusto. Estuve trabajando aquí. La mayoría de mis empleados podrán confirmarlo, y buena parte del público también.

—Es lo que imaginaba. ¿Tiene algo más que añadir? —vio la rápida mirada que se cruzó entre la pareja. Luego, la voz del fullero fue titubeante, como si no estuviera muy seguro de lo que iba a decir—. Creo que le interesará saber algo, señor fiscal... Usted sabe que había una muchacha en compañía de Giano... Lissa Corey.

—Lo sé.

—Estuvo aquí.

—¿De veras?

—Llegó alrededor de las doce. Explicó que había tenido un accidente de auto y que necesitaba vestidos nuevos. Se cubría con un viejo impermeable que seguramente pertenecía a Giano.

—¿Vino sola?

—Sí, pero se largó acompañada.

—¿Por quién?

Harry parecía rebosar satisfacción. He aquí que se le presentaba ocasión de vengarse por partida doble.

—Se llama Dane Burke.

Prater respingó.

—Debí suponerlo —dijo entre dientes—. Burke tiene un «Jaguar» rojo... un tipo muy vivo.

—De manera que lo conoce...

—Me gustaría conocerlo mejor —rezongó—. Es un escritor especializado en temas de crímenes. Sospecho que está interesado por usted... de manera profesional.

Si Keller captó la indirecta no lo demostró. Prater añadió:

—¿No le pareció extraño que Burke viniera a buscarla?

—Pues sí, pero ya sabe cómo son las mujeres. A veces, un simple encuentro casual las encapricha y...

—Comprendo su punto de vista. ¿Por qué no ha pasado esos datos a la policía por propia iniciativa?

—Bueno, esperaba que apareciera cualquiera de ustedes por aquí. Además, no me gusta visitar la sede de la Ley... trae mala suerte.

—Sobre todo, a los criminales, Keller.

—Naturalmente.

El fiscal se caló el sombrero de golpe. Doops abrió la puerta y se hizo a un lado. Los ojos de Prater se posaron larga y escrutadoramente sobre June. Esta le sonrió con descaro, pero continuó sin pronunciar palabra.

—Buenas noches —gruñó antes de salir—. Volveremos a vernos pronto, Keller.

Salió y el sargento cerró la puerta, siguiendo al fiscal escaleras abajo todavía con los ojos parpadeantes a causa de la belleza de aquella mujer. Se prometió a sí mismo asistir a alguna de sus representaciones...

Solo para comprobar la veracidad de la propaganda, naturalmente.

CAPÍTULO VI

—BUENO, no vamos a echarnos a llorar, muñeca.

La voz tensa del hombre la estremeció. Levantó la cabeza. Sintió en las suyas las aceradas pupilas de Dane y se estremeció.

—¿Crees que te he engañado? —musitó.

—Alguien ha engañado a alguien, nena.

—Y te ha dejado sin móvil para ayudarme, ¿verdad?

No trató de disimular la amargura de su voz. Él hizo un gesto de impaciencia.

—Tú sigues siendo el móvil principal, Lissa. Reconozco que siempre ha buscado una mujer como tú. Además, los ciento cincuenta mil «pavos» no pueden andar muy lejos. Todo es cuestión de encontrarlos... Tal vez, descubriendo al asesino descubramos también el paradero de ese montón de billetes. Y cuando llegue ese momento quiero encontrarme presente.

Volvió a llenar los vasos. Ella siguió sentada, mirándolo.

«Giano está muerto, recuérdalo.»

Lo recordaba. A pesar de tener a aquel hombre formidable a su lado. El recuerdo pesaba demasiado en su alma, pero no pensaba desembarazarse de él; por lo menos, no todavía.

Al fondo de la estancia había un piano. Se dirigió a él y deslizó los dedos por el teclado.

—¿Sabes? —susurró—. Estuve trabajando una temporada en un club de Nueva York, tocando el piano. Era una especie de cueva existencialista y resultaba divertido...

En el silencio, los suaves compases de una melodía se elevaron llenándolo todo de armonía. Cuando él habló, le pareció que su voz era más ronca que de costumbre.

—Me gusta la música —dijo—, pero toco muy mal. No obstante, cuando me encuentro demasiado solo, me siento ante el piano y

dejo que mis dedos arranquen de él viejas melodías... recuerdos hechos música...

Lissa se sentía invadida por aquella vieja sensación de olvido y felicidad pura, casi animal. Algo noble volaba hacia ella y tomaba posesión de su espíritu. Sentándose, tocó una vieja balada del sur.

No oyó los pasos de él cuando se acercó, situándose a su espalda. Solo cuando las manos del hombre se posaron sobre sus hombros desnudos se estremeció, levantando la cabeza.

«Giano...»

Otra vez el recuerdo.

Pero allí estaba Dane contemplándola con una mirada envuelta en una conocida emoción. Apenas le conocía y sin embargo...

«He aquí un hombre que me haría vibrar», pensó. Pero estaba todo lo demás, interponiéndose.

Y ese hombre de ojos acariciadores o helados, según su estado de ánimo, era un perfecto desconocido. Quizá por eso no opuso resistencia cuando la obligó a levantarse, y dejó que sus brazos se cerrasen a su alrededor, y que sus labios descendieran en busca del beso que indefectiblemente debía nacer.

Y también ella subió sus brazos, y los cerró tras la recia nuca. Y sintió el ardor penetrarla hasta lo más recóndito de su ser, estremeciéndola.

Sintió sus caricias y no le importó saberse vencida, vencida otra vez...

No obstante, algo ocurrió en su interior que la hizo relajarse repentinamente. Fue algo tan perceptible que hasta él lo notó y separó los labios.

—¿Qué te pasa? —susurró.

—Dane...

—¿Sí?

—Todavía no... no puedo.

—Comprendo. «Él» sigue dentro de ti.

—Creo que sí.

—Bueno —dijo simplemente—. Creo que podré soportarlo, aunque no te prometo nada.

Ella volvió al diván y se sentó en él, tomando el vaso, que vació rápidamente. Contempló cómo él buscaba refugio en una butaca y se derrumbaba materialmente sobre ella.

—Lo siento, Dane...

Él sonrió.

—No te preocupes, nena. Queda tiempo... mucho tiempo. De momento, hay cosas más importantes en que pensar. Vamos a ocuparnos de ellas.

—Quizá con el tiempo todo cambie, Dane...

—Seguro que cambiará, pero dejemos eso y vayamos a lo práctico. Alguien llamó por teléfono a Keller informándole de lo sucedido. ¿Tienes alguna idea de quién pudo hacerlo?

—No.

—Ese alguien sospechaba que acudirías a Keller en primer lugar, lo cual demuestra que estaba al corriente del mecanismo del Sindicato. Es alguien del Sindicato tal vez.

—¿Tú crees?

—Con toda seguridad. Bernie Brown, Salvatore Ciari, Samon o McCune...

—Los conoces bien, ¿eh?

—He estudiado sus vidas con detalle, muñeca. ¿Tienes miedo?

Ella asintió lentamente.

—Hay demasiada gente detrás de mí.

—Suponen que vales ciento cincuenta mil dólares... y eso es mucho dinero, incluso para esa camarilla. Demasiado dinero.

—Si pudiéramos hacerles saber que no lo tengo...

—No lo creerían. Sus mentes son primitivas y rudimentarias. Elaboran una idea con dificultad, para luego agarrarse a ella como lapas. Ya no la sueltan porque fabricar otra les cuesta demasiado trabajo. Veamos otro aspecto del asunto, el dinero. ¿Quién pudo hacer el cambio, el mismo Giano?

—Es absurdo pensarlo siquiera. Él me lo confió. Arregló el impermeable en mi presencia. Decía que no podía llevarlo siempre encima, y que de este modo tanto él como yo podríamos llevárnoslo en un caso de apuro. Además, él se iba a pescar y no quería arriesgarse con toda esa fortuna encima. ¿Supones lo que va a ocurrir ahora? —murmuró.

—Podría hacerte una descripción del argumento sin equivocarme en lo más mínimo. Los tendremos aquí en oleadas sucesivas, como abejorros. Tienen ciento cincuenta mil razones para mostrarse tenaces, ¿no crees?

Lissa asintió. Sabía que se lanzarían en su persecución y no tenía miedo, quizá por la proximidad de Dane. Él le infundía confianza sin saber exactamente por qué razón. Tal vez su fuerza residía en el polvillo gris que parecía desprenderse de sus ojos, o en su sonrisa un tanto enigmática y burlona...

De repente, se puso rígida y escuchó con atención. De entre los ruidos del tráfico, sus oídos acababan de seleccionar el aullido de un coche policíaco. Se levantó de un salto.

Dane lo hizo con calma.

—Apuesto que son nuestros primeros visitantes.

El chillido histérico de la sirena aumentó de volumen, acercándose. Después, decayó hasta detenerse.

—Hay una escalera de servicio, al final del pasillo —explicó Dane con calma—. Te llevará a un callejón. Ya sabes dónde está aparcado el coche. Aquí están mis llaves. Y toma esto también.

«Esto» era una pequeña pistola que acababa de extraer de un cajón. Su pavonado brillaba, tétrico, a la luz de la lámpara.

—Procura no usarla con precipitación —recomendó—. No dispares a menos que sea absolutamente necesario, pero si tienes que hacerlo procura no fallar el tiro. Espérame en «Sacha's Parade». Es un pequeño hotel restaurante a la altura de Palmetta. ¿Comprendido? Yo iré a recogerte tan pronto pueda. Inscríbete con el nombre de Eva Dunn, por ejemplo. Se me acaba de ocurrir ahora mismo. Y tíñete el pelo de rojo —rio bajito—, cabellos rojos, piel blanca... Explosivo. Vamos, nena, esfúmate. ¿Recordarás mis instrucciones?

—Sí, Dane... puedes estar seguro que te esperaré.

Salió disparada y él cerró la puerta con lentitud, pensativo.

Poco después llamaron y abrió con perfecta calma. La maciza figura del teniente Callahan llenó el hueco casi por entero.

—Caray, teniente, ¿qué anda buscando aquí, argumentos para sus noches de insomnio?

—Hola. ¿Puedo entrar?

—Claro, claro...

—No le molestará que le haga unas preguntas, ¿eh, Burke?

—En absoluto, ¿de qué se trata?

—Giano de Lucca ha muerto.

—¿Y...?

—Asesinado.

Dane se echó a reír.

—Siéntese, Callahan. ¿Un trago?

—No. ¿Qué ve de divertido en esto?

—Puede poner el apartamento patas arriba. No encontrará usted el arma del crimen. Y Lissa Corey no está aquí tampoco.

—No he hablado de ella para nada...

—Pero usted la anda buscando, ¿no?

—Es un testigo material del hecho.

—Usted «supone» que es un testigo material. Ahora dígame por qué la busca en mi apartamento precisamente.

—Está usted en una posición difícil, Burke. Alguien le vio en compañía de la chica. Ella se cubría con un impermeable empapado. Y estaban a bordo de ese maldito coche suyo, al que nuestros patrulleros han impuesto más de una docena de multas por exceso de velocidad.

—¿Está seguro que esa pareja iba en mi coche?

—En un «Jaguar» rojo, con placa de la ciudad.

—Puede haber otros autos de esa marca.

—El suyo es un último modelo. No hay otro igual matriculado aquí.

—Eso me acusa, según usted, ¿eh, teniente?

—Tan seguro como el infierno.

—Solo que la chica que iba conmigo no era Lissa Corey. ¿Qué le parece eso, Callahan?

—Tonterías. La identificaremos y entonces verá la que le espera. ¿Quiere hacer una declaración voluntaria ahora, o prefiere que le lleve a Jefatura para interrogarle allí con todos los requisitos?

—Usted se está buscando un lío, teniente. Mi abogado se encargará de demostrarle la verdad de semejante aserto.

—Correré el riesgo. ¿Quiere llevarse algo especial acaso?

—No, ¿para qué? No estaré ausente mucho tiempo.

Callahan ahogó un juramento. Abrió la puerta y los dos hombres salieron.

En la estancia quedó flotando el suave perfume de Lissa.

Un perfume que el teniente había captado perfectamente...

CAPÍTULO VII

Lissa sintió la mordedura del frío mientras recorría la calleja lateral, en busca del coche de Dane. El ruido de sus pasos quedó amortiguado por el del tráfico, en las arterias cercanas. Procuró recordar las instrucciones que él le había dado. Estaba decidida a confiar en aquel hombre... confiar en él hasta el final.

Necesitaba confiar en alguien, no sentirse otra vez sola y desamparada.

Localizó el «Jaguar» estacionado a un lado, donde él lo dejara. Había otros muchos coches, pero aquel era el más llamativo de todos. Acarició las llaves entre sus dedos. Todo iría bien... Dane la sacaría indemne de aquel terrible embrollo, seguro. Era un hombre fuerte, decidido, conocedor del medio con el que tenía que luchar. Y, además, también a su manera era poderoso. Sus escritos podrían hacer tambalear la posición de los magnates del crimen...

Pensó que tal vez tuviera dificultades con la policía si descubrían que la había encubierto. Alguien podía haberlos visto juntos. Aquel coche era tan fácilmente identificable...

Se detuvo al lado del rojo bólido. Miró a lo largo de la calle, pero no advirtió ninguna señal de alarma. El coche policíaco estaba detenido media manzana más abajo, con su rojo piloto parpadeando sobre el techo.

Inclinándose, introdujo la llave en la cerradura de la portezuela. En aquel instante, una voz silbante dijo a sus espaldas:

—Muy bien, querida. Hay una pistola apuntada a tus costillas. Entra en el coche.

Estuvo a punto de gritar. Se contuvo con esfuerzo. June.

Y era cierto que empuñaba una pistola. Una pequeña automática cuyo ojo miraba fijamente a Lissa, como impaciente por vomitar su llamarada de muerte.

—¡He dicho que entres en el coche! —repitió June con voz helada—. ¿O quieres alborotar para llamar la atención del polizone que está ahí abajo, sentado en su auto?

Lissa no quería policías en aquel asunto. Entró en el auto, sentándose ante el volante. June se instaló a su lado.

—Conduce tú, querida. Pero con cuidado. Nada de tonterías.

Manejó el largo bólido con manos temblorosas. Mecánicamente, obedeció las instrucciones que June le iba dictando respecto al rumbo a seguir.

Hasta que se encontraron en las afueras, en plena carretera.

—¿Estás muy sorprendida, querida? —se burló June.

Lissa ladeó la cabeza para mirarla. Vio en sus ojos tanto odio que una sensación helada le penetró en el pecho como la hoja de un cuchillo.

—¿Por qué tendría que estarlo? Tú has sido más lista que los demás, eso es todo.

—Naturalmente que he sido más lista. Harry es un estúpido. Él ha lanzado a la policía detrás de Burke. He sospechado que estarías con él, y que te haría salir de su apartamento cuando llegase la policía, de manera que solo he tenido que aguardar...

Lissa no replicó. El color había huido de su rostro. Sabía cuán despiadada era June, y cuánto la odiaba por haberle arrebatado a Giano. Era un contrasentido, pero descubrió que no temía tanto a ningún otro miembro del Sindicato. Casi podía palpar el odio que se desbordaba de ella. Le hacía daño.

—Quiero el dinero, ¿entiendes? Me quitaste a Giano, pero yo voy a quitarte tu dinero. Volverás a verte en el arroyo, sin un centavo, y perseguida por todo el mundo, incluida la policía. Ya comprendo que no lo llevas encima, seguramente lo habrás escondido en cualquier lado en espera de tiempos mejores. De modo que, «queridita», vas a decirme dónde está o lo pasarás muy mal.

—Imagino que no vacilarías en matarme, ¿verdad, June?

—Nada me complacería tanto. Pero, niña, vales ciento cincuenta mil dólares, así que no voy a disparar... todavía —aseguró, brillándole sus verdes pupilas, hermosas y heladas—. Quizás no te mate, ¿sabes? No me entusiasma demasiado verte morir de un disparo. Demasiado rápido para el daño que me hiciste.

Se estremeció. Sentía sobre sí el fuego chispeante de aquellos

ojos de serpiente, casi fascinándola. Sus manos se aflojaron unos instantes y el coche dio un bandazo.

—Cuidado, estúpida, atiende el volante. Y nada de trucos. No ensayes nada desesperado conmigo... Recuerda que la pistola sigue pegada a tu costado...

«Giano... si pudiera contar contigo...»

El nombre en su mente era como un talismán que abría las fuentes del amor y del odio.

—Sigue recto hasta pasado Park Clayton. Allí deberás seguir por el camino de Palmetta. Harry posee una cabaña que nunca utiliza. Hay un arroyuelo muy limpio y romántico... un lugar ideal para el amor. Y para la muerte también, si una se detiene a pensarlo. Allí comprenderás hasta dónde llega mi amor por ti... a menos que accedas a entregarme los ciento cincuenta mil dólares. Es la única manera de que conserves intacta tu delicada piel.

—¿Qué dirías si yo no los tuviera?

—Sé que los tienes. Solo por eso mataste a Giano.

—¡Pero yo no lo maté!

—No necesitas hacer teatro conmigo. Sé de qué hablo. Y basta de charla... vigila la ruta.

Lissa sintió que el terror comenzaba a apoderarse de ella. De manera incongruente, concentró su mente en pensar en otras cosas, en su pasado, en un hogar muerto, áspero a causa del desamor. En su soledad, en sus andanzas de un lado a otro hasta recalar en Nueva York...

En sus actuaciones en aquella cueva, tocando el piano.

«Si tú pudieras volver, Giano, querido...»

Pero jamás volvería. Y volvió al pasado, y a los hombres que había conocido, y en el amor sin amor, sin limpieza, vacilando de un sitio a otro, envilecida, hundiéndose en el limo de aquel pantano, ciega, absolutamente perdida...

Hasta que Giano la salvó de acabar como todas las demás.

«Siempre voy a parar a Giano...»

Sentía el contacto de la automática en su costado. Pensó que ella también llevaba una en el bolso. Pero ni pensar en sacarla... June la mataría sin piedad... o quizá se contentaría con herirla solamente, para no perder los ciento cincuenta mil dólares...

«Debo dominarme —pensó—. Si queda una remota posibilidad

de escapar tienes que aprovecharla.»

Fijó su atención en la carretera invadida por la caótica noche. La tormenta se aproximaba. O quizá fueran ellas quienes corrían hacia la tormenta. A ambos lados, sombras de árboles, setos, y alguna que otra lejana granja huyendo con la velocidad.

Dejaron atrás Park Clayton, College y Fairburn antes de llegar al cruce de Palmetta. La carretera, de segundo orden, no era frecuentada más que en los fines de semana. Y solo cuando el tiempo era lo bastante bueno para pasar el día al aire libre. Aquella noche era un desierto.

—A la derecha ahora —le indicó June—. Así... Cuidado, hay una curva muy cerrada... A la izquierda, Lissa...

A cada indicación, la pistola presionaba su costado. Obedecía mecánicamente. ¿Qué otra cosa podía hacer? Hubiera sido un suicidio intentar algo.

Pero, verdaderamente, ¿le importaba conservar la vida?

Quizá fuera mejor desafiar a aquella serpiente...

¿Para qué quería vivir?

Descubrió que sí amaba la vida a pesar de todo. ¿Tal vez porque confiaba en un hombre, o porque ese hombre había confiado en ella?

O solo para poder amar con limpieza, y ser amada de la misma manera...

Bueno, todo eso eran tonterías cuando se tenía una pistola apoyada en la piel y había un dedo impaciente por apretar el gatillo, esperando la oportunidad de saltarle los sesos.

La carretera se había convertido en un camino vecinal y las ruedas marcaban profundos surcos en el barro, o patinaban y el coche daba alarmantes bandazos. Un lugar sin un solo vecino en muchas millas a la redonda... Un lugar ideal para matar.

El camino ascendía. Era preciso prestar toda la atención posible a conducir. Atravesaron un bosquecillo de pinos salpicados de nieve. Nubes oscuras permanecían inmóviles allá arriba, amenazadoras y repletas de significado para ella.

Y al fin, la cabaña. Una construcción de troncos.

—Nuestro refugio, pazguata —indicó June ajustándose el abrigo en torno a su cuerpo—. Para el coche delante de la puerta y deja la llave puesta en el encendido.

Obedeció también.

—Ahora apéate, querida...

Su voz sonaba enronquecida y temblaba ligeramente a causa de la excitación. Parecía que estuviera gozando con la situación.

Y quizá era así.

La puerta chirrió al abrirse. June encendió la luz y corrió el pestillo, pero sus dedos no se aflojaron ni por un instante, apretando la culata de la pistola con firmeza.

Había una litera cubierta con una manta de vivos colores, una mesa, algunos sillones y pieles por el suelo. Una cocinilla portátil, y una puerta al fondo por la que se entreveía un cuarto de baño. Todo muy rústico y sencillo, con esa sencillez rebuscada que cuesta un buen puñado de dólares.

June apoyó la espalda en la puerta y se echó a reír mientras recorría con su mirada la figura esbelta y rotunda de Lissa. Y su risa resultaba una terrible promesa...

CAPÍTULO VIII

DESCENDIERON las escaleras en silencio, Dane y Callahan pisándole los talones. Dane pensó que su detención muy bien podría prolongarse durante veinticuatro horas. No más, pero serían suficientes para que todos sus proyectos se fueran al diablo.

Quien fuera que tenía el dinero, podría emprender el vuelo tranquilamente... Veinticuatro horas y ciento cincuenta mil dólares se esfumarían para siempre.

Comprendió que necesitaba libertad de movimientos si quería conseguir lo que ambicionaba; y lo que ambicionaba era el amor de Lissa, y el quince por ciento de la fortuna en juego.

Pero Callahan no iba a descuidarse. ¿O quizá sí? El teniente no tenía nada grave contra él. Pensaba que solo se trataba de un tipo amante del riesgo, pero honrado, que se había dejado ganar por unos ojos bellos...

Llegaron al lugar donde el policía tenía estacionado su coche.

—Adelante, Burke...

Abrió la portezuela para que entrase.

Un error lo comete cualquiera, más aún un hombre como el teniente, convencido de su valía y orgulloso de su fuerza. Y Dane aprovechó esa variante psicológica a su favor aplastándole la portezuela en las narices.

Callahan lanzó mi gemido y cayó hacia atrás. Aprovechó para saltar dentro del vehículo, dio el contacto y el coche salió zumbando calle adelante, sin respetar las luces y arriesgándose a romperse el cuello en cualquier esquina.

El mismo Dane se admiró del éxito de su escapada. Ya tendría tiempo más adelante de dar explicaciones.

Estuvo conduciendo durante varios minutos, hasta descubrir un callejón estrecho y oscuro. Introdujo el auto en la negrura y lo

abandonó allí, seguro de que todos los patrulleros de la ciudad andarían locos buscándolo. Cuanto más tardasen en descubrirlo mejor para sus planes.

Anduvo un par de manzanas hasta descubrir un bar cuyas luces se derramaban sobre la acera, arrancando reflejos a los charcos de agua. Empujó la puerta y entró. Pidió un café negro y un teléfono.

—La cabina está al fondo, a la derecha.

Buscó en la guía un nombre que hacía temblar a más de cuatro hombres duros: Salvatore Ciari. Cuando lo encontró, marcó el número de su teléfono y esperó.

Después del tercer timbrado, una voz profunda y sin matices ladró un interrogante a través de la línea.

—Me llamo Dane Burke, Ciari. Creo que a estas horas usted ya ha oído hablar mucho de mí.

—Así es. Keller me ha contado algunas cosas.

—Lo imagino. No tiene motivos para sentir simpatía por mí.

Hubo una corta pausa antes que Ciari preguntase:

—¿Por qué me llama ahora?

—Porque deseo hacer un trato con usted. Conozco el lugar donde está oculto el dinero... ciento cincuenta mil «pavos», ni uno más ni uno menos. También puedo proporcionarle una pista que le llevará hasta la chica. Ella podrá cargar con la muerte del nunca bien ponderado Giano de Lucca.

—Por qué diablos quiere decirme dónde se halla el dinero? No es usted generoso hasta ese extremo, creo yo

—Solo es cuestión de cálculo. Ustedes tienen montada una buena organización y yo aprecio en lo que vale la eficacia que han sabido imprimir a los métodos del Sindicato. Sobre todo, en los métodos, digamos, eliminatorios de obstáculos. Y yo no quiero convertirme en obstáculo, ¿comprende?

—Solo en parte.

—Bueno, deseo dormir tranquilo.

—Ya veo. ¿Cuál es su proposición?

Dane, fiel a su representación, emitió una risita burlona.

—El treinta por ciento solamente, hermano. Quince por ciento antes de ir a por el capital y quince al regresar.

Se produjo otra pausa. Luego:

—Venga a verme y lo discutiremos.

—Usted debe creermelo ligeramente idiota, amigo. Solo me entrevistaré con usted en terreno neutral.

—Está bien. Estacione su coche en el kilómetro dieciséis de la carretera del sur, como si fuera hacia Palmetta, ya sabe.

—De acuerdo, pero nada de comités de recepción. Usted solo o no habrá trato. Es el que más se parece a una persona en todo el parque zoológico del *Sindicate*.

Colgó. Ya tenía uno. Los demás no tardarían en seguir.

Tomó su café, pagó y salió a la calle.

Oscuridad y silencio. Noctámbulos... y ciento cincuenta mil dólares danzando en alguna parte.

Buscó un vehículo conveniente entre todos los que estaban estacionados en las cercanías. Escogió un «Mercury». Conocía aquella marca y no hubo dificultades en conectar el encendido sin la correspondiente llave.

Pisó el acelerador y se dirigió al punto de cita. Conectó la calefacción.

Rumbo al sur. Poco tránsito. Solo camiones, grandes camiones de suministro de mercados.

Volvía a llover. Una llovizna fría y ligera que empañaba el parabrisas. Puso en marcha los limpiadores.

Ciari era la primera posibilidad. Después seguirían los demás, incluida una mujer.

Kilómetro nueve...

Oscuridad y silencio. Luces de granjas deslizándose raudas entre los árboles. Arriba, una oscuridad preñada de amenazas.

Kilómetro doce...

Hizo una maniobra apresurada para evitar verse aplastado por un enorme camión con remolque, cuyo conductor debía creerse el amo de la carretera. Después siguió adelante mascullando un par de maldiciones.

Kilómetro dieciséis.

Acercó el coche a la cuneta hasta encontrar un lugar donde estacionarlo sin estorbar el tránsito.

A ambos lados, campos solitarios. Más adelante, lejos, las luces acogedoras de un parador. Encendió un cigarrillo y esperó.

Diez minutos... quince...

Un camión... otro... y un turismo ocupado por vociferantes

juerguistas. Después, un «Plymouth» gris claro que fue a detenerse silencioso como un fantasma delante del «Mercury».

Dane saltó del auto y se hundió en la oscuridad. Poco después, el corpachón de Salvatore Ciari se destacó junto a su coche. Lo vio cómo se acercaba al «Mercury» y miraba el interior, desconcertado.

—¿Y bien, Burke...? —habló en voz alta, inquieto.

Dane se deslizó hasta el coche gris y escrutó su interior. No le hubiera gustado encontrar allí a un par de acurrucados pistoleros.

Pero estaba vacío. Emitió una suave risita y fue a reunirse con el panzudo «zar» del crimen organizado.

Este no se anduvo por las ramas.

—¿Dónde está el dinero, Burke?

—No corra tanto. Primero estudiemos el futuro.

—Hágame una proposición concreta. Y entremos en alguno de los coches. Nos estarnos calando aquí.

—Okay. Ocupemos el suyo...

Se metieron en el «Plymouth». Dane frente al volante y Ciari a su lado.

—Ya le he dicho que quiero el treinta por ciento. Es un despilfarro por mi parte, pero quiero vivir tranquilo, eso es todo.

Silencio. Ciari reflexionaba a toda presión, podía advertirlo con solo mirarlo por el rabillo del ojo. Trató de vislumbrar un resquicio por el cual adentrarse en su coraza, pero no lo halló. Aquel tipo era piedra con apariencia humana.

—¿Dónde está el dinero?

Había una nota de impaciente amenaza en su voz. Debía haber llegado a alguna decisión.

—Deme las llaves del encendido. Vamos a pasearnos un poco para no llamar la atención de cualquier patrullero curioso.

Puso el auto en movimiento y condujo lentamente por la empapada carretera.

—Creo que nos entenderemos. Aunque me pague el treinta por ciento, el resto es todavía un buen bocado para ustedes.

—Nada de ustedes. Hable en singular.

—Vaya, vaya. Usted tiene ideas propias, ¿eh?

—¿Por qué cree que me arriesgué a entrevistarme con usted? No pienso repartir con todos los demás... Son una pandilla de estúpidos. Empiezo a cansarme de sus errores...

—Una idea excelente, sí señor.

—Pero todavía no me ha dicho una palabra del paradero de ese dinero.

—No sea tan impaciente. Primero es preciso que veamos de qué manera quedará yo protegido de posibles... ajustes de cuentas. Ya me entiende.

Al mirar a su acompañante lo vio pendiente por completo del espejo retrovisor.

—Vienen detrás de nosotros —rezongó Ciari—. Debí suponerlo. Lo siento, Burke, pero me han seguido.

Instintivamente, Dane aceleró.

—Eso es algo que usted debió prever, maldita sea —gruño.

—Es cosa de Harry, seguro. Ecurridizo como una anguila, el muy... Apriete a fondo o vamos a vernos en apuros.

—¿Cree que la carretera está como para correr el premio de Indianápolis? Daremos de narices en la cuneta al patinar.

—Y si no hunde el acelerador se expone a dar de narices en una mesa de la Morgue, así que elija.

—Muy bien, elijo la cuneta...

Y hundió el acelerador brutalmente, con lo que el coche pareció encabritarse de morro y salió lanzado como una flecha. Pero lamentó no estar a bordo de su «Jaguar»...

CAPÍTULO IX

HABÍA momentos en que el «Plymouth» apenas rozaba el asfalto con los neumáticos, volando materialmente sobre la carretera.

Pero el coche perseguidor no cedía terreno. Más bien parecía ganarlo lentamente.

—Llevan un buen coche —comentó Dane entre dientes.

Calló al darse cuenta del mutismo y la tensión de su acompañante. Por otra parte, no deseaba cantar las excelencias del material móvil del Sindicato. Se proclamaban por sí mismas.

Pero la carretera estaba mojada, y a cada ligero movimiento de volante el auto amenazaba con empezar a dar vueltas sobre sí mismo. Aquello no podía terminar más que con una catástrofe.

El indicador señaló las cien millas. Dane refunfuñó. Ciari, nervioso, no podía mantenerse quieto en el asiento.

—A este paso van a darnos alcance —murmuró el cacique del crimen.

Como si le hubieran oído, una bala se incrustó en alguna parte de la carrocería con un seco chasquido.

Instintivamente agacharon las cabezas. Ya era tiempo, por cuanto otro proyectil penetró a través del cristal trasero y formó una gran estrella en el parabrisas.

Dane, con las manos aferradas al volante, no distinguía más que fugaces y raudas sombras, que aparecían y desaparecían con la velocidad del relámpago.

Hubo otro golpe en la carrocería. El indicador de velocidad había rebasado las cien millas. Se acercaba a las ciento diez. Aquello solo acabaría cuando el coche saltara fuera de la carretera.

Otra bala penetró, y otra que llenó de estrías el lado sano del parabrisas. Y una tercera, pero esta arrancó un súbito alarido al

acurrucado Ciari. Su cabeza quedó colgando, y, poco a poco, su corpachón doblóse hacia adelante hasta caer de bruces contra el salpicadero.

Disparaban con una precisión extraordinaria. Absurdamente, pensó que aquellos matarifes merecían la medalla de la Federación Internacional de Tiro...

Cuando otra racha de proyectiles aullaron a su alrededor, Dane agachó la cabeza de manera instintiva. Demasiado tarde comprendió que había cometido un error. Lo supo, y previo lo que iba a ocurrir, pero todo fue tan centelleante que no pudo hacer nada para evitarlo.

El coche dio un salto de costado, se deslizó de lado y finalmente hubo un estrépito ensordecedor que le aturdió. Multitud de lucecillas estallaron a su alrededor. Después se hundió en un abismo de dolor.

Quedó tendido a lo largo del asiento, sostenido en parte por el corpachón inerte de Salvatore Ciari. Acuciado por la muerte que sabía cercana, se agitó tratando de moverse. Entonces descubrió el resplandor rojizo de las llamas que lamían el capó. Comprendió que el coche estallaría de un instante a otro. Era preciso escapar de aquella ratonera.

Comprobó que podía utilizar todos sus miembros, a pesar de los latigazos de dolor que experimentaba. Oyó las voces de los ocupantes del otro coche. Retrocedían.

No querían arriesgarse a volar convertidos en antorchas.

No le quedaba otro remedio que saltar fuera del coche incendiado y así lo hizo. Sabía que los otros dispararían, pero era la única oportunidad.

Efectivamente; las balas silbaron a su alrededor tan pronto se arrojó fuera del auto. Una pierna le sangraba ligeramente. Sus ropas estaban destrozadas y el cuerpo se le antojaba una llaga viva. Pero saltó y corrió, perseguido por las balas.

En ese instante, el «Plymouth» estalló con un sordo rugido, y una gran llamarada se elevó pregonando el desastre a los cuatro vientos.

Se dejó caer tras unas piedras. Las llamas se extendían, propagadas por la gasolina lanzada a gran distancia por la fuerza de la explosión. Desde su observatorio, vio como el coche perseguidor

retrocedía para evitar ser alcanzado por el incendio.

Pero cinco o seis sombras se internaban entre los matorrales y los árboles en su búsqueda. Volvió a emprender una frenética carrera que no olvidaría en mucho tiempo. Jadeaba. La pierna comenzó a dolerle cada vez más. Sentía el roce del viento helado en las mejillas. Y la fina lluvia. Y la tormenta estallando sobre su cabeza con flamígeros relámpagos, y secos estampidos de los truenos mezclándose con los chasquidos de los disparos hechos a ciegas...

Después, los disparos cesaron. Sus perseguidores habían perdido la pista. La oscuridad le cobijó y sintió deseos de gritar de alegría, a pesar del dolor, del nerviosismo y del miedo. Solo se contuvo al pensar que sus gritos atraerían otra vez a la jauría de perros rabiosos.

Se detuvo unos instantes para recobrar el resuello. Aspiró hondo y el frío penetró en sus pulmones, devolviéndole la vitalidad.

Después, siguió huyendo en dirección a Palmetta, o al menos hacia donde creía que estaba Palmetta.

Cuando se encontró con la carretera, la siguió ocultándose detrás de los arbustos y matorrales, por temor a que los pistoleros pudieran descubrirle si se decidían a recorrer la ruta en aquella dirección.

* * *

Callahan levantó la cabeza cuando el sargento Doops introdujo al muchacho en su oficina.

—¿Qué pasa ahora, un ratero? —gruñó.

—El chico es cazador, teniente.

—Bueno, ¿y qué?

—Se le ha ocurrido que este amanecer, después de la lluvia, sería una gran cosa subir hasta Scarpade Point. Seguramente, la caza saldría en busca de alimento después de tanta lluvia...

Callahan aguzó las orejas al oír eso.

—¿Y bien?

—Ha encontrado esto, teniente.

Doops depositó un pequeño encendedor de plata sobre la mesa, entre el desbarajuste de papeles que siempre reinaba en ella.

Callahan lo contempló con curiosidad. Después gruñó:

—Llame al fiscal Prater. Dígale si puede venir un momento, o si prefiere que vayamos a su despacho.

Cuando el sargento hubo salido, se encaró con el joven.

—Descríbeme el lugar exacto en donde has encontrado esto.

El muchacho se concentró en hacer una buena descripción. Callahan tomaba notas rápidamente. Se dio cuenta de que el joven cazador conocía bien los montes. Le fue fácil hacerse una idea clara del lugar del hallazgo.

Luego, Prater entró y se interesó también por la nueva faceta del asunto.

—No estaba allí cuando nuestros muchachos examinaron el terreno.

Callahan se encogió de hombros.

—Pero estaba cuando ese chico subió a la montaña... Fíjese en esas iniciales.

—«W. G. S.» —murmuró, leyéndolas—. No nos dicen nada. Veremos qué opinan los chicos del archivo...

Despidieron al muchacho dándole las gracias por su colaboración. Callahan tomó el encendedor envuelto en su pañuelo y, dejando a Prater, se marchó para buscar personalmente en el archivo.

Prater reflexionó que era una gran suerte contar con un hombre como Callahan entre los investigadores de la fiscalía. Podía confiar en él para todo, a cualquier hora del día o de la noche...

Seguro, Callahan era un gran policía.

Cuando regresó, como si quisiera demostrar la veracidad de la creencia de su jefe, exclamó:

—Me parece que por fin tenemos algo sólido a donde agarrarnos, jefe. Han localizado las huellas, y las iniciales coinciden.

—¡Magnífico! ¿Y quién es el afortunado?

—Agárrese. Warren Gilbraith Spring. ¿Se acuerda de él? Tiene un historial completo. Era una especie de matón, proxeneta y todo lo más despreciable que pueda imaginar. Fue acusado de homicidio cuando el asunto de Beergson, pero no se le pudo probar su complicidad en el crimen. Después anduvo enredado con una corista del Sabler's. Prácticamente, ella le mantenía por aquella época.

—Un tipo interesante. ¿Trae su ficha?

—Claro.

Prater la examinó con cuidado. Era de los que creía que los rasgos fisonómicos eran una clara huella de la personalidad del individuo. Lombroso y Freud eran sus ídolos. Y ambos hubieran quedado satisfechos si hubiesen podido examinar de cerca a aquel ejemplar.

—Tiene su residencia en el edificio Dowler, en la calle Doce...

—Si mal no recuerdo es un refugio de deportistas fracasados.

—Exactamente.

—Iremos a hacerle una visita. Voy a dar aviso para que preparen el coche mientras usted devuelve la ficha...

El tráfico era escaso y pudieron llegar a la calle Doce sin impedimentos y sin necesidad de utilizar la sirena. Callahan enfurruñado, todavía rabioso por la jugarreta de Burke...

«Que el diablo lo lleve. Ya le ajustaré las cuentas al chupatintas...»

Prater entusiasmado con la nueva pista. El asunto comenzaba a moverse.

Era un edificio pasado de moda, pero bien conservado. Entraron, y resultó que Warren Spring vivía en el piso doce. El ascensorista estuvo mirándoles de reojo durante todo el recorrido.

Era el número trescientos dieciséis. Llamaron a la puerta. El zumbador sonó allá adentro, haciéndose audible desde el exterior. Pero nadie acudió.

Callahan señaló el tirador.

—¿Qué le parece si... eh?

—No podemos hacer eso sin una orden judicial, teniente —protestó Prater. Pero, para ser sinceros, había muy poca convicción en su protesta.

Callahan gruñó:

—Si alguien nos la pide podemos ir en busca de esa orden. Entretanto, podemos echar un vistazo a las pertenencias de nuestro amigo.

Al mismo tiempo que hablaba, sacó un manojito de llaves y probó la primera en la cerradura. Como si hubiera empleado un truco de prestidigitación, la puerta giró silenciosamente sobre sus goznes.

—¡Demonios, si ni siquiera he metido la llave...! —resopló el

policía, mirando estupefacto la penumbra del interior.

Entraron, sorprendiéndose al notar que el suelo estaba cubierto por una espesa alfombra. Prater comentó en voz baja:

—Los negocios deben reportarle buenos beneficios... Vive mejor de lo que cabría esperar.

Descorrió las cortinas. Una luz pálida entró en la estancia. Callahan se dirigió a una puerta interior y la abrió de un tirón. Dio un paso al frente y se detuvo en seco.

—¡Por todos los diablos, Prater! —jadeó.

El fiscal se apresuró a entrar detrás del teniente. Vio que la exclamación de este estaba muy justificada, porque el cadáver de Mr. Warren Gilbraith Spring yacía de través sobre un desordenado lecho. Cuando estuvo más cerca, descubrió el oscuro agujero que desfiguraba la cara desagradable del delincuente.

—Buen disparo —comentó—. También el que despachó a Giano de Lucca era un tirador excelente...

—Trabajo para los muchachos —rezongó Callahan, descolgando el teléfono con la mano protegida por un pañuelo.

Dio sus instrucciones para que los peritos acudieran a cumplir con su obligación. Después, dando la espalda al cadáver y al fiscal, se dedicó a recorrer el apartamento sin tocar nada. Ya habría tiempo para un registro a fondo.

Así fue como descubrió la fotografía sujeta a la pared con cuatro pequeños clavos de cabeza dorada. La foto había sido colocada allí casi artísticamente, sin marco, sobre la retorcida figura de un jarrón inverosímil.

Representaba a una mujer de rostro excesivamente maquillado, facciones que en un tiempo debieron ser bellas y ojos cansados. Una escueta dedicatoria pregonaba:

«No sé por qué te quiero tanto.»

Y estaba firmada por «Stella».

La arrancó, llevándosela al fiscal.

—Está en nuestros archivos —anunció triunfalmente—. No recuerdo ahora exactamente por qué está fichada, pero sí sé que la he visto más de una vez. Su nombre completo es Stella Jomin.

—Usted es una enciclopedia policial, teniente. Tan pronto

lleguen nuestros hombres volveremos al archivo en busca de esa dama...

Hubieron de aguardar casi quince minutos, pero entonces ni siquiera esperaron al forense. Ambos se sentían acuciados por las prisas, y no estaban dispuestos a que aquella pista pudiera escapárseles de entre las manos por cualquier motivo...

Y la muerte es un motivo endiabladamente bueno para que una pista se interrumpa definitivamente.

CAPÍTULO X

CUANDO recuperó el conocimiento sus ojos reaccionaron ante la incierta luz de una vela, cuya llamita oscilaba a impulsos del viento que lograba colarse por los resquicios de la puerta.

June, en cucullas ante el hogar, removía los leños encendidos, avivando el fuego con un largo atizador. Luego intentó moverse y sintió el agudo dolor de las ligaduras oprimiéndole las muñecas y los tobillos.

Lissa ahogó un sollozo. Advirtió que estaba tendida sobre las desnudas tablas de la litera. Creyó que iba a desfallecer de nuevo.

June se levantó, volviéndose. Sus hermosos ojos verdes se clavaron en ella con un furor insólito mezclado con una insana satisfacción. Lissa movió la cabeza para huir de aquella mirada y contempló la pared de troncos.

—Han cortado la corriente —advirtió June, acercándose a Lissa pausadamente—. Eso sucede siempre que hay tormenta.

La muchacha sintió dentro de su cráneo el sordo y desacompasado latir del dolor. Recordó cómo June la había golpeado por detrás con todas sus fuerzas. Un terrible zumbido torturaba su cerebro.

—De todos modos, no necesitamos luz para lo que vamos a hacer, pazguata —prosiguió June con burla—. Mejor dicho, para lo que yo voy a hacer.

Lissa se mordió los labios para no gritar. El terror la dominaba. Sus nervios eran un amasijo doloroso desde el comienzo de los sucesos, un ovillo desordenado y cargado de electricidad.

—Vas a decirme dónde está el paquete de billetes, queridita... Y vas a decírmelo sin oponer dificultades. Solo por tu propio bien espero que así sea, pero particularmente no tengo inconveniente en que te muestres testaruda al principio... solo para darme gusto,

¿comprendes?

Se acercó al fuego otra vez. Luego retrocedió. En la mano empuñaba el largo atizador cuyo extremo era una brillante punta al rojo.

Aproximándose a su víctima, dijo:

—Mírame... ¡Maldita seas, mírame!

Sus ojos relucían como locas punzadas de luz verde. Lissa huyó de aquella mirada y June le golpeó salvajemente las mejillas con su mano libre.

Comprendió que no se enfrentaba a una mujer normal. Aquella mujer debía estar loca... Era un producto híbrido de una existencia desencajada y tan absolutamente envilecida como esa que no es posible expresar en términos usuales.

—Voy a cobrarme todo lo me debes, Lissa. Y es mucho. Me quitaste a Giano Me arrebataste su amor convirtiéndome en el hazmerreír de toda la ciudad. Me pusiste en ridículo, y todos se rieron de mí. Después de tu jugada, todos supieron que yo era la chica a quien se desea y se arrincona después de conseguida. Y tú la dulce niña a quien se ama, colocándola en un pedestal... ¡Zorra!

Estaba inclinada sobre Lissa, encorvada. La muchacha notó el vivo calor del atizador cuando June lo acercó un poco más a la carne nacarada de su escote.

—Eres bella... demasiado bella...

El extremo del hierro rozó la piel nacarada. Fue solo un instante, pero el dolor estremeció su cuerpo, convulsivo y lacerante. Lissa gritó. Fue un alarido desprovisto de calidades humanas, surgido de zonas oscuras e ignoradas de la sensibilidad.

June retrocedió un paso y rio sordamente.

—Eso es solo el principio, princesa. Espera y verás... a menos que me digas dónde está el dinero.

—No lo sé...

Su piel se contraía y expandía en espasmos de dolor, transpirando abundantemente.

—Peor para ti, querida...

Fue en aquel momento, cuando el hierro al rojo se acercaba otra vez a la blanca piel, cuando alguien disparó desde el exterior y el cristal de la ventana saltó hecho añicos. June lanzó un grito de furor y se aplastó contra la pared, buscando su bolso del cual sacó

la pequeña pistola.

Un segundo proyectil zumbó muy cerca de su cabeza. Replicó al fuego ciegamente, desperdiciando municiones. Los estampidos resonaban como secos ladridos dentro de las paredes de la cabaña. Sea quien fuere que estaba al otro lado de los troncos, no se saldría con la suya.

Entonces, el atacante cambió de blanco. Hubo dos explosiones seguidas y en la puerta saltó un surtidor de astillas, cerca de la cerradura.

Lissa suspiró. June rugió de rabia y dirigió el cañón de la automática hacia la puerta. Locamente, dominada por un ciego instinto, vació todo el cargador a través de la madera.

Tras esto, echó a correr hacia la ventana lateral. El asaltante repitió sus disparos a través de la puerta. June se detuvo en seco, rígida. Gimió y sus piernas se doblaron. Luego, cayó de bruces y durante unos segundos sus dedos de largas y afiladas uñas, arañaron las tablas del suelo en un espasmo mortal.

Y al final quedaron quietos, engarfiados. Estaba muerta.

Lissa comenzó a hundirse en un abismo de negrura. Todavía alcanzó a ver cómo se abría la puerta, y una silueta de hombre se recortaba en el umbral...

Reinó el silencio. El hombre empañaba una pistola de gran calibre. No se movió. Ella tampoco. Se hundía cada vez más...

Al fin, el desconocido se acercó con pasos cautelosos, tanteando.

—No he disparado a dar, pero me alegro de haberte acertado, maldita bestia...

Lissa sintió el murmullo. Ya no veía... se hundía, la inconsciencia subía a su encuentro en oleadas... Pensó en Giano, creyó verlo de nuevo...

«Giano...»

Una espesa niebla se cerró en torno a ella.

El hombre se acercó al cuerpo inanimado. Saco un cuchillo y cortó las ligaduras. Después retrocedió una vez más, dedicó una última mirada a June y salió de la cabaña con pasos apresurados.

CAPÍTULO XI

CHARLIE SAMON era un tipo alto, moreno, que se complacía llevando las patillas recortadas a la altura del lóbulo de la oreja. Vestía con excesivo atildamiento, pero ni aun así lograba disimular su apariencia de patán.

Apoyado de codos en el solitario bar del Keller's Club, contemplaba a sus compinches con ojos como rendijas, escrutadores, como analizando sus más recónditos pensamientos. Había una clara desconfianza en sus pupilas heladas como las de un cadáver.

—Ciento cincuenta mil dólares contantes y sonantes tientan a cualquiera —comentó Bernie Brown, dejando su copa—. Salvatore no era ningún tonto, solo que le falló el factor tiempo y confió demasiado en que lograría ocultarnos su juego.

Las sillas habían sido colocadas sobre las mesas y las luces del local apagadas. El personal se había marchado y ya solo quedaban ellos sumidos en la semipenumbra.

Harry Keller paseó la mirada entre sus camaradas. Quitándose el cigarrillo de la boca, dijo:

—Muerto Salvatore, solo nos quedan dos caminos para hacernos con el fajo de billetes. Ese maldito entrometido, Dane Burke, y la muchacha, Lissa. A menos que...

Sus pupilas reflejaron la duda que le inspiraban los demás. Su voz semejó el chirrido de una sierra. Bernie Brown se removió, inquieto. Samon dejó el vaso cuidadosamente sobre el mostrador y McCune jugueteó con el suyo como si no supiera qué hacer con él.

—A menos —añadió Keller ominosamente—, que cada uno desee hacer su propio juego como el difunto Salvatore, en cuyo caso, el que sea ya puede ir pensando en su funeral.

—Cabe otra posibilidad —intervino Charlie Samon con suavidad

—, y es que sea uno de nosotros el que liquidó a Giano en el monte, apoderándose de la «pasta». Si es así, el interesado haría muy bien en poner las cartas y los billetes sobre la mesa, antes que sea demasiado tarde. No creo que Lissa sea quien dio el pasaporte a su amiguito. Yo no fui tampoco, así que...

Silencio. Se chapoteaba en un ambiente distorsionado por la cenagosa desconfianza.

—Bueno, dejemos eso de una maldita vez —estalló Brown—. Vamos a ocuparnos del tipo Burke y de la chica. Esos son los que nos interesan. Si ninguno de nosotros tiene el dinero, solo ellos pueden haberse embolsado esos ciento cincuenta mil pavos. No hay nadie más metido en el negocio.

Samon carraspeó

—Falta alguien más —dijo.

—¿Quién?

—June.

Keller soltó un juramento.

—Déjala en paz —gruñó—. Ella no tiene nada que ver con esto.

—Eso dices tú, pero debemos asegurarnos. Es una zorra como un demonio... ambiciosa, ya sabes. No me importa que tú y ella... Bueno, hay que asegurarse de qué clase de partida está jugando y con quién.

Harry Keller soltó un juramento, pero antes que pudiera seguir defendiendo a su estrella Brown ordenó:

—Llámalas. Comprueba dónde está y qué hace.

—Estáis locos. June es tan perezosa que... Seguro que estará durmiendo.

—Tal vez sí o tal vez no. Compruébalo.

Keller se encogió de hombros y abandonó la reunión para ir a llamar por teléfono desde su despacho. Tan pronto hubo salido, Samon refunfuñó:

—No debemos olvidar que June y él... ¿eh?

—¿Crees que nos la están «pegando»?

—Con una suma como está en juego, no me sorprendería —replicó Samon con voz sorda.

Cuando Keller regresó, su rostro mostraba una expresión sombría

—No he podido encontrarla —dijo.

—Tú conoces sus líos. ¿Dónde crees que puede estar?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? —estalló Harry—. Búscala si tanto te interesa. Ella no está metida en esto, de manera que perderás el tiempo, Samon.

—«Lo perderemos», compañero. La buscaremos todos nosotros. Es necesario saber el terreno que pisamos, así que, en marcha. Empieza a pensar un lugar donde ella haya podido refugiarse... en caso de que los ciento cincuenta mil «machacantes» hayan caído en sus manos.

Bernie Brown masculló entre dientes:

—Apuesto que nos ha ganado la delantera... ¡Eh, un momento! ¿No tienes una cabaña en los bosques, Harry?

Keller pegó un respingo.

—¿Qué demonios tiene que ver mi cabaña con esto? Hace meses que no me acerco por ella.

—Eso es lo que tú dices —replicó Samon con sequedad—. No podemos dejar ningún cabo suelto, así que empezaremos por tu discreto refugio. Andando, muchachos.

Keller no se movió

—Es desperdiciar un tiempo precioso —objetó—. La policía se pondrá en movimiento tan pronto encuentren el cadáver de Salvatore y su coche quemado. Tenemos que movernos antes que eso ocurra, y movernos por algo positivo, no con excursiones a las montañas.

—Me parece que demuestras mucho interés en que no visitemos tu cabaña, Harry...

Había veneno en la voz de Samon. Keller se estremeció, apartándose de la barra.

—Muy bien, si es eso lo que quieres. Vayamos allá.

Abandonaron el local en fila india. No fue casualidad que Harry Keller quedase entre Samon y McCune, como emparedado entre los dos hampones.

Metidos en el coche, Samon tomó el volante y se inició el viaje. Keller se vio obligado a facilitar los detalles necesarios para encontrar el camino de su cabaña, instrucciones que los demás aceptaron en silencio, dejando que Samon condujera a una velocidad moderada para evitarse tropiezos con los patrulleros de carretera.

Los alrededores de la cabaña estaban oscuros como boca del lobo. En contraste, por la puerta abierta, se distinguía un leve resplandor rojizo. Samon detuvo el coche y durante unos instantes, ninguno se movió ni despegó los labios. Después, McCune refunfuñó:

—Para hacer meses que no te acercas por aquí, Harry, es fantástico que tengas el fuego encendido... ¿Qué clase de leña usas?

—¡Condenación! —exclamó el aludido, excitado—. Alguien ha estado utilizando mi cabaña.

—Seguro, seguro —refunfuñó Samon—. Abajo. Veamos quién es tu huésped.

Cuando abandonaron el coche, Samon empuñaba una pistola automática y dejó que Keller le precediera sin perderlo de vista.

El interior de la cabaña estaba iluminado por el mortecino resplandor rojo de los troncos que habían ardido en la chimenea. Keller intentó encender la luz, pero no lo consiguió.

—Deben haber cortado la corriente —gruñó.

Samon dijo:

—No necesitamos más luz que esa para ver eso.

Señaló el bulto caído en el suelo, al otro lado de la estancia.

McCune avanzó a saltos hasta agacharse junto al cadáver. Dejó escapar un resoplido.

—¡Es June! —exclamó—. Está muerta...

Los demás se arremolinaron a su alrededor.

—¿Cómo explicas eso, Keller? —preguntó Bernie Brown con voz cortante.

—No sé... No tengo la menor idea de qué estaba haciendo June aquí, ni de quién la ha liquidado...

Samon se apartó del grupo iniciando una detenida inspección de la cabaña. Se detuvo en el camastro y tomó las cuerdas que sirvieran para atar a Lissa. Las estuvo examinando unos instantes, comprobó que habían sido cortadas y sus ojos se cerraron hasta quedar convertidos en finas rendijas.

—Creo que yo lo tengo —murmuró.

—¿Qué?

—Alguien ha estado aquí, prisionero. Atado con estas cuerdas...

—¿Y qué? —quiso saber McCune, impaciente.

—Están perfumadas —siguió Samon, mirando a Keller.

—Tú estás loco. ¿Cómo van a estar perfumadas unas simples cuerdas?

—No han perfumado las cuerdas, cabezota. Pero estaba perfumada la piel con la cual estuvieron en contacto... y el aroma se les pegó. ¿Crees que puede haber sido la piel de June, Keller?

—Ella usa un perfume muy fuerte... puede ser.

—Pero no es su perfume... y no hay marcas en sus muñecas ni en sus tobillos... No es el perfume de ella. ¿Qué deduces de eso, Keller?

Este, nervioso, estalló:

—¡Maldito seas! ¿Qué quieres dar a entender con todo esto? No sé una palabra de lo que ha sucedido aquí. June debe haber tomado mi cabaña sin mi permiso... Ella conocía su emplazamiento.

—No me cabe dura. Pero, ¿y el perfume de las cuerdas, Harry?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Yo te lo diré —espetó Samon, rojo de ira, con sus ojillos brillándole mortalmente.

Hubo un silencio. Bernie jadeó:

—Explícate muchacho... Keller no parece dispuesto a hacerlo...

—¡Claro que no lo hará! —gritó Samon—. Tendría que decirnos que entre él y June trataban de darnos esquinazo, embolsándose ellos solos los ciento cincuenta mil. Por eso se apoderaron de Lissa, la trajeron aquí, atándola con esas cuerdas, y la obligaron a revelarles dónde estaba escondido el dinero. ¿No es así, Harry?

—¡No, maldito seas! Insensateces —jadeó Keller, asustado—. Ni una sola palabra es cierta... no sé nada de...

—¿Pretendes hacernos creer que fue June quien hizo todo el trabajo sola? No somos idiotas todavía. Tú y June erais una sola cosa... y no solo en los negocios. ¿Qué confesó Lissa, muchacho?

—¡Condenación! No lo sé... ni sé siquiera que Lissa haya estado aquí.

—Es solo cuestión de pensar un poco y uno llega a la conclusión de que Samon está adivinando las cosas con sorprendente exactitud —refunfuñó McCune—. Es mejor que lo digas ya, Harry...

—Pero...

—Queremos saberlo. ¿Qué te parece qué significa este atizador, aquí, junto al camastro? Fíjate en la punta, ha sido calentada recientemente... y apuesto que si fuera examinado por los químicos

de la policía encontrarían restos de piel humana, chamuscada, en ese extremo tan sucio. Ese es el argumento que obligó a Lissa a confesar. ¿No quieres darte cuenta que te conviene ser sincero con nosotros, Harry?

Este, desesperado, recorrió con la mirada los pétreos rostros de sus compinches. Lo que vio puso escalofríos en su piel.

—Estáis equivocados...

No terminó. Samon disparó y la bala empujó brutalmente a Keller, quien dio una vuelta y cayó, aullando de dolor.

—Eso es solo para que vayas entrando en razón —masculló Samon, balanceando la pistola—. Levántate.

Bernie Brown y McCune agarraron a Keller y lo levantaron brutalmente. Vieron que la sangre comenzaba a ensuciar su camisa a la altura del hombro derecho. Inmediatamente, se apartaron de él, dejando la iniciativa para su camarada.

Samon la tomó, encantado.

—Voy a convertirte en una criba, Harry, si no hablas. Pudiste haber supuesto que no lograrías traicionarnos tan fácilmente.

—¿No comprendes que no sé una palabra de lo que ha sucedido aquí? A mí también me gustaría averiguarlo... y saber quién mató a June.

—Eso es fácil de adivinar... Ese tipo, Burke. ¿No es el protector de Lissa? Bueno, llegó hasta aquí y la liberó, eso es todo. Lo cual ha estropeado tus planes, dicho sea de paso.

—Guarda esa pistola... Me estoy desangrando, ¿no te das cuenta?

—Quiero saber qué dijo Lissa... Quiero saber dónde está escondido el botín y tú vas a decírmelo, Harry... Ahora mismo.

—¡Estás loco, rematadamente loco...!

Hubo otro estampido. Esta vez, la bala destrozó la rodilla izquierda de Keller, que rodó como un fardo, aullando de dolor.

—¡Pónganlo en una silla! —bramó Samon, fuera de sí—. Lo dirá, aunque tenga que llenarlo de plomo.

Keller fue levantado y dejado caer luego sobre una silla. Estaba pálido como un muerto y sus ojos tenían un brillo febril, enloquecido por el pánico.

Samon le pegó con la mano plana, enloquecido de furor por lo que consideraba una traición de su compinche. Keller gimió, con

voz agónica.

—¡Habla de una vez! —aulló Samon, dando rienda suelta a su loco furor.

Keller no podía hablar. El dolor era demasiado intenso, y el pánico ante la muerte cierta que le aguardaba, le paralizaba por completo. Se balanceó de un lado a otro, como un pelele.

Samon levantó el revólver y retrocedió unos pasos.

—¡Si lo quieres así, maldito traidor, voy a darte el gusto!

Keller comenzó a inclinarse lentamente, como si quisiera hacer una reverencia. Samon apretó el gatillo, dispuesto a destrozarle el hombro izquierdo. Apuntó bien. Era un tirador excelente. Lo que no pudo prever fue que Keller iba a desplomarse hacia adelante en aquel preciso instante, de manera que la bala, en lugar de entrar en el hombro del desgraciado, se incrustó en su cabeza, arrancando un surtidor de sangre y masa encefálica que casi salpicó a los demás.

El cuerpo fue empujado hacia atrás por el impacto. Keller y su silla cayeron con estrépito y después reinó el silencio más completo dentro de la cabaña.

Solo McCune barbotó:

—¡Buena la has hecho!

Medio minuto después, Samon se puso a maldecir en voz alta.

La cosa ya no tenía remedio. No era preciso ser muy listo para darse cuenta que de nuevo tenían el camino cerrado.

—¿Y ahora qué? —rezongó Bernie Brown.

Se miraron en silencio. McCune opinó:

—Yo creo que solo hay un lugar que podamos considerar como el escondite del dinero...

—¿Cuál?

—La cabaña de Giano.

—Tal vez...

—Seguro. La chica no llevaba el dinero con ella, eso es indiscutible. Apuesto que lo dejó escondido allí, o en los alrededores, para recogerlo cuando se hubiera calmado la excitación.

—Podemos comprobarlo —gruñó Samon, todavía furioso.

—Vamos allá entonces —decidió Bernie, dirigiéndose a la puerta sin dedicar ni una mirada al cuerpo de su compinche muerto.

Los demás le siguieron. En la cabaña, solos con la muerte,

quedaron un hombre y una mujer. Los dos habían llegado al final de una historia tumultuosa. Quien a hierro mata...

CAPÍTULO XII

CALLABAN miró la ficha y arrugó el entrecejo.

—Stella Jomin —gruñó—. Detenida por escándalo público... hace cinco años. Borracha y medio desnuda salió a la calle, provocando un alboroto. ¿De qué nos sirve ahora?

Prater se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—, pero es lo único que tenemos, así que veamos si podemos encontrarla.

El teniente volvió a consultar la ficha.

—Vivía en un apartamento de Culver Street. Vamos allá. A menos que prefiera esperar en la oficina, naturalmente.

El fiscal se encasquetó el sombrero.

—Mi médico dice que necesito actividad. Opina que paso demasiadas horas sentado sobre mis posaderas. Le acompaño.

Callahan guardó para sí los mordaces comentarios que se le ocurrían y ambos abandonaron la oficina apresuradamente. En el coche, un agente de uniforme esperaba.

El apartamento cuya dirección constaba en la ficha estaba situado en un edificio de mal aspecto, desconchado y sucio. Callahan pulsó el timbre y cuando la puerta se abrió, ambos hombres dieron un respingo.

La mujer que acababa de quedar enmarcada en el umbral tendría sus buenos treinta años y una experiencia mundana de doscientos. Solo se cubría con una especie de salto de cama transparente que hizo tiritar a Callahan solo con verlo. Mas al entrar, una bocanada de aire caliente y estancado le azotó el rostro. Una estufa de tremendo poder calorífero estaba encendida en medio de la sala.

—Bueno, me gustan los hombres decididos —estalló la mujer, plantándose ante ellos con los brazos en jarras... Entran aquí como

si fueran los amos del mundo. ¿Qué demonios buscan?

Los ojos de Callahan se perdieron entre los pliegues del salto de cama, resbalando sobre las rosadas transparencias que se distinguían sin esfuerzo. Tragó saliva.

—Usted no es Stella Jomin —barbotó.

—¡Vaya descubrimiento! Naturalmente que no.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

—Stella —gruñó el teniente con impaciencia.

—Primero dígame quiénes son ustedes.

—Policía.

—¡Oh, bueno! Han equivocado el rumbo, eso es todo.

—Basta de rodeos. Sus comentarios no nos interesan. ¿Dónde está Stella Jomin?

La mujer suspiró resignadamente.

—No lo sé. Se casó.

Callahan pegó un respingo y se quedó sin habla. Prater arrugó el entrecejo y miró a su investigador preferido como si acabara de oír una blasfemia.

—¿Cómo fue eso? —dijo el teniente cuando recobró la voz.

—Bueno, encontró un primo y lo pescó. Fue una buena solución, usted sabe... Ella estaba en la última etapa del descenso. Como corista había terminado y... En fin, se casó —dijo con voz neutra.

—¿Cuándo?

—Caray, no recuerdo con exactitud la fecha... Creo que hace un año o dos...

—¿Con quién?

—¿Qué clase de «poli» es usted, hombre? —rezongó—. ¿No puede ser un poco más amable?

—¡Al grano, condenación! Es posible que mientras usted nos hace perder el tiempo, alguien esté asesinando a Stella. ¿Quiere hablar por su propia iniciativa, contando los hechos, sin desperdiciar ni un segundo?

—¿Asesinándola? ¡Madre mía! ¿Cómo puede alguien...?

Vio la expresión que aparecía en el rostro de Callaban y calló. Miró suplicante a Prater, pero este estaba satisfecho con la manera de llevar el asunto de su subordinado y no movió ni una ceja.

—Está bien —suspiró la mujer—. El tipo se llamaba Buddy

Hard. Vivía fuera de la ciudad y se encaprichó de Stella como un colegial. Se casaron y ella se fue a vivir con él. Esa es toda la historia.

—Faltan muchos detalles para que esté completa. Para empezar, Stella mantenía estrechas relaciones con un fulano llamado Spring. ¿Qué pasó con él?

—No lo sé. Supongo que lo mandaría a paseo.

—Pero no lo sabe cierto.

—¿Cómo voy a saberlo? No he vuelto a ver a ninguno de ellos. Yo me quedé con el apartamento cuando ella se mudó. Nunca volvió aquí.

—¿Dónde está la casa de ese Buddy Hard?

—En las montañas. Es el dueño de un parador de carretera y varias cabañas, cerca de los lagos.

Callahan enderezó las orejas.

—¿En Scarpade Point, acaso? —indagó.

—Creo que sí.

—Ahora me parece que ha dicho usted algo, amiguita. No vamos a importunarla más por el momento. ¿Cómo se llama usted?

—Los amigos me llaman Rosie.

—¿Y los que no son sus amigos?

—Ustedes pueden llamarme Rosie Rand. Es mi nombre auténtico, no crean.

—Ya... Bueno, nos veremos pronto otra vez.

—Eso es lo que me disgusta, precisamente.

Salieron y ella cerró de un portazo. En la escalera, Prater masculló:

—¿Está usted pensando lo mismo que yo?

—Tal vez. Sería curioso que ese Hard fuese el dueño de la cabaña que Giano tenía alquilada... y que nuestro amigo Warren Gilbraith Spring estuviera rondando los contornos, teniendo en cuenta que tiempo atrás vivió a costa de la señora Hard... cuando todavía no era la señora Hard.

—Creo que está usted haciéndose un trabalenguas, Callahan —rio el fiscal—. Me parece que necesita descanso...

—No sabe usted la verdad tan grande que acaba de decir....

Volvieron al coche sin más comentarios. Callahan sabía que lo del descanso no pasaba de ser una figura retórica. ¿Cuándo podría

tumbarse en una buena cama?

* * *

El aire tenía un sabor a resina y a pino silvestre, era helado y tonificaba los pulmones. Dane aspiró hondo y se estremeció, no supo si de frío o por encontrarse tan cerca de la cabaña. Pensó que era una reacción natural estremecerse en aquel lugar. El escenario del crimen... No era un tópico de novela, sino que resultaba una realidad sangrienta y que podía valer ciento cincuenta mil dólares.

Avanzó la distancia que le separaba de la puerta de troncos sin dejar de mirar a su alrededor. No le hubiera gustado tener sorpresas en aquel lugar.

La puerta no cedió a su empuje. Estaba cerrada. Bien, rodeó la cabaña y, tras algunos esfuerzos, consiguió violentar una ventana, por la que se coló al interior.

Echó un vistazo a lo que le rodeaba. Había inequívocas muestras del paso de Lissa, pequeños detalles que solo la mano de una mujer puede dejar. Al recordarla otra vez, deseó estar junto a ella. Repentinamente, se sintió aguzado por la impaciencia de encontrarse al lado de la muchacha, justamente en un lugar tranquilo como aquel a donde la había dirigido.

Esas prisas parecieron comunicarse a sus actos y comenzó un rápido y metódico registro de la cabaña. Sabía muy bien que no encontraría allí los ciento cincuenta mil dólares, pero tal vez, con un poco de suerte, pudiera descubrir alguna indicación, alguna pista, por leve que fuera, capaz de encaminarlo por el buen camino, un camino a cuyo final estaba la fortuna.

Veinte minutos más tarde se dio por vencido. Había perdido el tiempo. Ni el menor rastro de nada.

Plantado junto a la chimenea, encendió un cigarrillo con ademanes bruscos, fruto de su disgusto. A su lado vio algunas cañas de pescar desmontadas. En cierto modo, también él estaba pescando, solo que el pez que ambicionaba escurría el bulto y no había manera de echarle el guante...

De repente, recordó sus excursiones de pesca, los aparejos que también en su apartamento descansaban abandonados en una alacena. Examinó los que tenía a la vista con más atención. Eran de calidad y, al parecer, habían sido usados muchas veces...

Pero había una caña que no debiera estar allí. No era para pescar en aguas rápidas, ni en lagos de montaña..., sino para pesca mucho más importante... Una caña capaz de capturar un pez espada.

La tomó. También era vieja. ¿Qué demonios hacía allí, en una cabaña de las montañas?

Repentinamente la apoyó en el suelo, colocó un pie encima y la partió por la mitad. Sacudió los dos trozos con energía. Algo metálico cayó, repercutiendo sonoramente sobre las tablas del piso.

Sintió un escalofrío al inclinarse y tomar la pequeña llavecita.

Lo había encontrado. Casi gritó de entusiasmo

Colocó los dos trozos de caña detrás de las otras y examinó la pequeña llave. Había una inscripción en la corona:

«Ap. 576. Marathon.»

Sus ojos vagaron a su alrededor sin expresión. En realidad, no veía nada, solo la llave.

Una llave sin historia. Una simple llave de aluminio que valía ciento cincuenta mil dólares.

Y cuanto más abstraído estaba, otra llave que no era aquella, giró en la cerradura y la puerta se abrió. Dane cerró los dedos, escondiendo su hallazgo, y miró a las personas que entraban en aquel instante.

Lo hizo primero una mujer demasiado maquillada para su gusto. Pero ni todo el maquillaje del mundo podría disimular sus «patas de gallo» ni la expresión de hastío de sus ojos, en los que se reflejaba el miedo.

Detrás de ella, entraron el fiscal Prater y el sargento Doops. Todos ellos se detuvieron en seco al descubrir la presencia de Dane Burke.

Prater dijo:

—¡Vaya, vaya! Lástima que el teniente Callahan no nos acompañe... Creo que tiene un gran interés en echarle la vista encima, Burke.

—Tiene motivos para desearlo.

—Lo reconoce, ¿eh?

—¿Por qué no?

Introdujo descuidadamente la mano en el bolsillo del pantalón, con un gesto natural, y dejó la llave dentro.

—De todas maneras, le verá usted muy pronto... solo que se ha entretenido en casa de la señora Hard... la propietaria de las cabañas.

—Ya veo.

La mujer intervino.

—Diga usted que está registrando mi casa. Elevaré una protesta por esto.

—De acuerdo, hágalo. Pero quizá prefiera esperar el regreso de su esposo para entablar una demanda... Tal vez a él le disguste la publicidad.

—¿Por qué motivo?

—No lo sé. ¿Está segura que no volverá antes de dos semanas?

—Eso es lo que me dijo cuando se fue.

—Bueno, habrá que esperarlo. Entretanto, ¿está segura que no tiene nada que decirnos?

—Todo lo que puedo decir ya se lo he repetido una docena de veces, abajo. ¿Por qué insisten ustedes en molestarme?

—Tan solo porque, en un tiempo, Spring significó mucho para usted.

Ella desvió la mira a Dane, que no entendía nada de todo aquello, empezó a pensar en la mejor manera de largarse de allí sin demasiado alboroto.

Prater añadió:

—Estoy seguro que sabe usted más de lo que nos ha dicho sobre Spring, señora Hard. Tenemos pruebas que anduvo merodeando por estos alrededores, justamente cuando Giano de Lucca fue asesinado...

—¿Pretende acusarme de complicidad en eso?

—No es ese mi interés, a menos que reúna evidencias suficientes contra usted, señora...

—Está bien, busquen a Spring y...

—Ya lo encontramos.

—Bueno, entonces...

Se interrumpió, captando repentinamente el significado de las palabras del fiscal. Este añadió suavemente:

—Muerto. Asesinado, para ser exactos.

Ni el mismo Prater pudo sospechar el efecto que sus palabras iban a causar en la mujer. La vieron tambalearse, como si sus piernas se negasen a sostenerla. Perdió todo rastro de color y luego susurró:

—¡No... no...!

Doops acudió junto a ella cuando estaba a punto de desplomarse y la sostuvo el tiempo que Dane tardó en acercar una silla. Una vez acomodada la mujer, Prater refunfuñó:

—No creí que se afectase tanto... ¿Lo amaba usted todavía?

—¿A Spring...? Nunca lo amé...

Los hombres se miraron.

—Si eso es cierto —intervino el sargento—, ¿por qué parece usted a punto de morir ante la noticia de su asesinato?

—Ustedes no comprenden...

—Por eso queremos que usted nos aclare algunas cosas, porque no las comprendemos.

—Fue idea del forastero... y de Spring. Ellos eran amigos...

—¿Quiénes?

—El forastero y Spring.

—Al decir el «forastero», ¿se refiere usted al ocupante de esta cabaña, Giano de Lucca?

—Sí.

—Está bien, continúe.

No pudo continuar. Sonó un estampido en el exterior, muy cercano. Inmediatamente, una sucesión de disparos respondieron al primero.

Doops pegó un salto y se precipitó a la puerta. Estuvo a punto de chocar con el teniente Callahan, que entraba a todo correr. Llevaba su revólver de reglamento en la mano.

—¡Esos imbéciles! —jadeó—. No han obedecido la orden de detenerse... y han respondido a mi disparo con una andanada...

—¿Quiénes? —gritó Prater.

—Solo he tenido tiempo de reconocer a uno de ellos... Bernie Brown.

—¿Del *Spectacle Syndicate*?

—Justamente.

El sargento, que se había acurrucado junto a la puerta abierta, gruñó:

—Están agazapados ahí abajo, entre las rocas. ¿Les mando un par de plomos, señor?

—Espere —el fiscal se acercó a la entrada y, haciendo bocina con las manos, gritó—: ¡Han atacado ustedes a un oficial de policía! ¡Entréguense antes que ataquemos nosotros!

Una voz excitada, casi histérica, le replicó desde abajo:

—¡Perdidos por perdidos, saldremos de esta por nuestros propios medios!

Una serie de proyectiles zumbaron al entrar por el portal. Callahan se echó al suelo y Prater se ocupó de apartar a la mujer de la posible trayectoria de las balas.

—No podemos dejar que se acerquen —gruñó—. Deben haber perdido el juicio.

—Esa gente nunca ha tenido juicio —opinó Dane con sorna.

Entonces Callahan le descubrió. Abrió la boca, incrédulo, y barbotó:

—¡Usted, maldita sea su estampa! Voy a...

Otras balas entraron, sembrando la inquietud entre los sitiados y obligando al teniente a olvidarse de su personal ajuste de cuentas con Burke. Se colocó junto a una ventana y comenzó a disparar también, secundado por el sargento.

Dane comprendió que ahí no tenía nada que hacer. Era su oportunidad para largarse con su bolín. Era seguro que cuando descubriesen la caña rota sospecharían, de manera que retrocedió aprovechándose de que nadie le vigilaba, y entre un concierto de disparos penetró en el dormitorio, a través de cuya ventana saltó a la parte trasera de la cabaña.

Echó a correr agazapado, hasta internarse en el bosque. Cuando llegase la ocasión, ya le daría a Callahan las explicaciones pertinentes.

O impertinentes, quizá, pero eso no importaba mucho en aquellos momentos. Lo importante era Lissa y la llavecita.

Pero, principalmente, Lissa.

Porque la quería.

Había podido comprobarlo en aquella separación. En ocasiones, solo unas horas son suficientes para darse cuenta de la realidad y la pujanza de un sentimiento.

La llavecita podía esperar. Lissa no.

Fue en su busca, al Sacha's Parade...

CAPÍTULO XIII

EL SACHA'S Parade era un hotel de lujo mitad parador, mitad hotel. También tenía algunas cabañas esparcidas a su alrededor, en plena arboleda.

Dane Burke, preocupado por su aspecto un tanto desastrado a causa del mal trato recibido por sus ropas, se plantó ante el adormilado conserje.

—¿La señorita Dunn? —preguntó, recordando el nombre supuesto que le había recomendado al separarse.

—Habitación dieciséis. Un momento, la avisaré por teléfono...

—No es preciso. Yo mismo subiré.

—¡Eh, un momento! Este es un hotel decente, ¿sabe?

—Un ejemplo que debería cundir, sí señor —opinó Dane jovialmente—. No tema, soy un ciudadano honesto y amante de la paz... y de las buenas obras.

Depositó un billete de cinco dólares sobre el mostrador y echó a andar hacia los ascensores. El recepcionista hizo desaparecer el billete y volvió a acomodarse, con el periódico en la mano, para seguir matando horas sin complicación alguna.

La habitación estaba en el segundo piso. Burke se detuvo ante la puerta, con el corazón latiéndole aceleradamente. Llamó y pudo escuchar un rumor furtivo al otro lado.

—¿Quién? —susurró una voz.

—Un pobre vagabundo llamado Burke.

Oyó descorrer un cerrojo y Dane vio ante sí a una hermosa muchacha cansada y con aspecto de haber pasado un mal rato.

Entró. Ella cerró otra vez y ambos quedaron mirándose. Él dijo con voz ronca:

—Lissa Corey, amor, ¿no repican las campanas de alegría?

—Claro que sí, querido...

Algo le había sucedido. Su cuerpo envuelto en una sábana semejaba un fruto tropical maduro y vacilante. Su mirada mantenía una tonalidad apagada e indecisa, como el que ha intentado descansar de algo espantoso y no ha podido hallar el reposo anhelado. Se echó a llorar y se arrojó en sus brazos.

Lissa...

La sábana, falta de las manos de ella para mantenerse cerrada, casi cayó de sus hombros, dejando al descubierto su piel nívea. Sobre los senos, Dane descubrió, espantado, la huella del fuego. El corazón casi se le paralizó.

—June —jadeó ella—. ¡Oh, Dane, fue un horror...!

La levantó en brazos y se acercó al lecho, depositándola dulcemente sobre él.

—Cuéntame.

—No, Dane... No quiero revivir aquellos instantes de pesadilla.

—No importa. Quiero saberlo.

Con un terrible esfuerzo, ella le relató su aventura hasta el momento en que había recobrado el conocimiento.

—Ella estaba allí, en el suelo, muerta. La habían matado, ¿entiendes? Matado de un tiro. Y mis ligaduras estaban cortadas, y todo en silencio...

—Y echaste a correr.

—Sí. Tu coche seguía en el mismo lugar donde lo dejara al llegar allí...

—El asesino de June debió utilizar el suyo... Pero, ¿quién pudo ser? A ti no quiso hacerte ningún daño, al contrario. Te libró de las cuerdas.

—No lo sé. No quiero saberlo... ¡Solo quiero olvidar, Dane!

Hubo un silencio, mientras se miraban largamente a los ojos. Él empezó a sonreír, destruyendo la tensión de los recuerdos.

—Ahora... —susurró ella—, todo está bien. Ya estás aquí.

—Me ha costado mucho llegar. Era una carrera de obstáculos.

—¿Has conseguido algo?

—Creo que casi todo.

Sacó la llave del bolsillo y la mostró entre dos dedos.

—¡Dane! —exclamó Lissa, estupefacta.

—¿La reconoces?

—¡Claro! Pertenecía a Giano.

—¿Estás segura que es la misma?

—Naturalmente. Giano me la mostró una vez o, mejor dicho, yo le pregunté a dónde pertenecía.

—¿Y qué te dijo?

—Que había alquilado una caja en la oficina de Correos de Marathon, para que sus compañeros pudieran dirigir a ella la correspondencia de sus negocios. Así podría recogerla cuando nos marchásemos del país.

—¿Sabes dónde guardaba esa llave?

—La llevaba siempre consigo.

—No.

—Estoy segura, Dane... La vi muchas veces entre sus cosas...

Burke comenzó a darle vueltas a eso. Luego masculló:

—Debió cansarse de cargar con ella entonces, porque la he encontrado dentro de una gruesa caña de pescar.

—No comprendo, querido... Juraría que el día antes de que de que le mataran, todavía la llevaba sujeta a las demás, en el llavero...

Dane se encogió de hombros.

—Sea como sea, es nuestro último y definitivo eslabón.

—¿Por qué?

—¿No lo entiendes, amor? Giano pudo remitir el dinero a un nombre supuesto, dirigido a esa caja de seguridad de Correos. Naturalmente, utilizando el nombre con el cual alquiló la caja. Es lo más sencillo y, al mismo tiempo, lo más seguro. El Correo del Tío Sam es inviolable. Si se trataba de un paquete certificado... Bueno, todavía tenemos una oportunidad si conseguimos llegar a Marathon con la cabeza sobre los hombros.

Lissa, asombrada, intentó hilar su propia madeja, pero renunció a ello y dejó que su mente siguiera única y exclusivamente ocupada en analizar lo que estaba sintiendo en lo más profundo de su ser. Ya sabía que no estaba sola, ni jamás volvería a estarlo, mientras Dane la amara como estaba segura de que la amaba en aquellos instantes. El fulgor de aquellos ojos de acero así se lo daba a entender.

—Dane...

—Dime, querida.

No respondió. Solo siguió mirándole fijamente hasta que él comprendió con toda claridad.

—Lissa... ¿ya no hay nadie entre los dos?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿Estás segura?

—Sí. La sombra se desvaneció de una vez por todas.

La tomó entre sus brazos. La sábana se deslizó un poco, pero ni siquiera pudo advertirlo.

—Te quiero, ¿sabes? Es una frase manida y ridícula casi, pero no hay otra manera de expresarte lo que siento.

Ella sonrió. Con voz ronca, murmuró:

—¿Recuerdas mis palabras, amor? Te dije que podría amarte hasta siempre... eternamente. Bueno, voy a amarte todos los días de mi vida, si tú lo deseas...

La estrechó contra su pecho y sus labios se unieron a una brasa al rojo, y el tiempo se detuvo en su vida como si aquel instante pudiera ser tan eterno como el amor que se juraban.

Los brazos de la muchacha subieron al encuentro de su cuello, se cerraron, y sus labios ardieron, mientras todo su cuerpo se estremecía a impulsos de una pasión que había tardado años en conocer, de un amor como jamás había soñado, cegada por la cortina de humo de una pasión que había resultado falsa e innoble.

Pero ahora era distinto. Ahora sabía que era amor, y que el mundo se le abría como una flor nueva, recién abierta a la vida. Jamás volvería a sentirse sola...

Cuando, una eternidad más tarde, se sintió libre de aquellos labios, y el duro cepo de los brazos le permitió respirar otra vez libremente, oyó la voz suave de Dane como un lejano murmullo.

—Lissa... te amo como... como un tonto. Para nosotros no existe ya el pasado. Solo futuro, un futuro nuestro, únicamente nuestro.

—Cuando esto termine...

—Terminará antes de lo que imaginas. Entonces estaremos plenamente libres... o nos utilizarán para abono de la tierra.

—¡Dane!

—Voy a llegar hasta el final. Esa llavecita es la clave de todo. Alguien tendrá que pagar nuestra luna de miel.

—Pero...

—¿No quieres casarte conmigo, acaso?

La respuesta fue más bien gráfica que sonora. Después, él añadió:

—Vamos a tomarnos un pequeño descanso, y a amarnos por si después las cosas se complican. Y luego...

—¿Sí?

—Marathon, naturalmente.

Y se amaron.

CAPÍTULO XIV

BUENO, habían llegado al final. Solo atravesar la calle y los ciento cincuenta mil dólares serían suyos.

Marathon, bajo una niebla marítima que enturbiaba el aire, desgranaba la actividad normal de un puerto de no mucho movimiento, con una buena flota pesquera que a aquellas horas de la mañana había terminado ya sus tareas de descarga. Un tibio sol luchaba por abrirse paso a través de la niebla y estaba ganando la partida.

Sentados en el bar, Dane y la muchacha podían ver la entrada del edificio de Correos. Lo tenían al alcance de la mano...

Ciento cincuenta mil dólares

—¿Vamos? —murmuró Dane.

La mano tensa de Lissa se cerró sobre la suya.

—Tengo miedo —dijo en un susurro.

Él sonrió.

—Lo único que podría atemorizarnos sería la presencia aquí de los restantes miembros del *Sindicato*, y por lo que imagino, ninguno de ellos estará pensando en ponernos dificultades. Los dejé muy ocupados tiroteándose con la policía.

Ella cerró los ojos. Por primera vez en su vida, comenzaba a paladear aquella reciente situación de su espíritu, la renacida calma interior y el hecho incontrovertible de que estaba enamorada.

¡Enamorada!

Qué término más estúpido... y más bello a un tiempo.

Dane la contempló durante unos segundos. Era tan bella como él había soñado que sería la mujer que lograrse despertarle el amor. Y había sufrido tanto que necesitaba, merecía más bien, toda la felicidad que él pudiera proporcionarle. La vida la había arrastrado, zarandeándola, pero también esa misma vida, tumultuosa como un

torrente, los acababa de unir.

Y ahora estaban a punto de agarrar a esa misma vida por las solapas, dominándola y creándose su propio destino.

Y Lissa era suya. Y suyo iba a ser el dinero. Y luego...

El último acto.

Ciento cincuenta mil dólares.

Y el quince por ciento de ciento cincuenta mil dólares...

Tras de sí quedaba la sombra del esfuerzo y de la sangre, los riesgos afrontados, y la dolorosa estela que no tenía principio ni fin. Era apenas un suceso en la interminable cadena de todos los días.

—Vamos.

Inició el movimiento de levantarse. Ella le contuvo.

—Dane... —susurró.

—¿Sí, linda?

—¿Estás seguro?

—¿De qué?

—De que realmente estás dispuesto a unirme a mí.

—¡Demonio con lo que sales ahora!

—Dímelo.

—Sí. Te quiero, eres mía y nada me hará cambiar. Soy un tipo de ideas fijas, tú sabes. Si te tengo a ti, lo tengo todo.

Ella sonrió, levantándose. Salieron.

Atravesaron la calle.

La oficina resultaba oscura y tenía olor a rancio, a lugar demasiado cerrado. Había un empleado viejo ante una ventanilla, a la izquierda de la entrada.

—¿Los apartados? —masculló en respuesta a su pregunta—. Allí, al fondo, aquella escalera. Hay un ordenanza.

Siguieron avanzando. El ordenanza refunfuñó:

—¿Qué número?

Se lo dieron.

—Hay poco movimiento aquí —añadió, aburrido—. Su apartado está a la derecha, casi al final...

Salió de su pupitre y les precedió. Dane sintió sus nervios ponerse tensos como cables.

—Quédate aquí —murmuró—. No quiero que advierta tu nerviosismo.

Lissa se retorció las manos y quedóse rezagada.

La estancia donde se alineaban las cajas metálicas tenía forma de L, y estaba alumbrada por un sucio tubo fluorescente. Sobre cada una de ellas resaltaban unos números grabados.

Dane examinó esos números. Sus pasos resonaban sobre las láminas metálicas del suelo. Las sombras que daban difuminadas por la luz, y uno tenía la sensación de hundirse en una cueva a medida que avanzaba.

Desde la entrada, Lissa contenía los latidos de su corazón y creía experimentar un tormento físico con la tensa espera. Vio a una mujer anciana, de cabellos blancos bajo un estrepitoso sombrero floreado, dirigirse también hacia las cajas de alquiler. Detrás de la anciana entró un hombre de estatura mediana, con el sombrero calado oscureciéndole las facciones.

Ambos pasaron junto a Lissa uno tras otro. Ella no tenía ojos más que para la corpulenta figura de Dane, inclinado sobre los borrosos números de las cajas.

Vio cómo se detenía al fin ante una de ellas. Sacó la llavecita del bolsillo. El empleado estaba encendiendo un cigarrillo, contraviniendo todos los reglamentos.

La mujer anciana pasó por detrás de Dane, también buscando su propia caja.

Vio a Dane introducir la llave en la cerradura. Se asombró de que las manos del hombre no temblasen. Las suyas sí temblaban, y debía oprimírselas una contra la otra para disimular el temblor.

Iban a tener el dinero.

Ciento cincuenta mil dólares...

Los pasos resonaban como en una bóveda vacía.

Permanecía igual que hipnotizada, con la mirada clavada en Dane. Pensaba únicamente en él, en su amor y en que al fin iban a ser libres. Ya no habría más riesgos, ni nada por terminar. Todo acababa allí, en aquella cueva metálica.

Y entonces todo sucedió en un segundo de inadvertencia, con velocidad meteórica, delatando un perfecto cálculo. El hombre del sombrero calado se movió demasiado aprisa para que pudieran preverlo.

Dane acabó de abrir la caja e introdujo la mano dentro. El desconocido giró y blandiendo un revólver golpeó ferozmente su nuca. Mientras Dane se deslizaba en un pozo de negra

inconsciencia, el hombre metió la mano en la caja y la retiró cargada con un paquete cuadrado, que examinó rápidamente.

Lissa lanzó un chillido ahogado. El hombre se volvió. El empleado se volvió corriendo hacia el intruso, quien le recibió con un tremendo golpe que lo abatió sin un gemido y, acto seguido, saltó hacia la salida.

La indecisión llevó a Lissa junto a Dane, que luchaba por incorporarse.

Lo consiguió con ayuda de la muchacha, maldiciendo.

—¿Ileso, querido? —susurró ella.

—Seguro... Solo con un tremendo dolor de cabeza... ¿Dónde está ese bastardo? ¿Se lo ha llevado?

Ella asintió.

Pero las sorpresas no habían terminado todavía. Justo cuando se dirigían, trastabillando, hacia la salida, fuera, en la calle, una pistola tableteó repetidamente. Algunos de los proyectiles agujerearon el cristal de la puerta y a través de él pudieron ver al desconocido del sombrero calado hasta los ojos como se detenía en seco. Hubo más detonaciones, y una sirena policíaca empezó a ulular no muy lejos. El hombre se estremeció y le vieron doblarse sobre sí mismo, acusando los impactos. Vieron a otro hombre saltar hacia el que estaba cayendo...

Dane apartó a Lissa de un empujón y trató de salir corriendo, pero ella logró sujetarlo.

—¡No salgas... te van a matar! —chilló.

El tipo de la pistola arrebató el paquete al caído y echó a correr. Un auto aceleró brutalmente. La sirena policíaca estaba casi allí mismo.

Salieron al fin. Un auto-patrulla pasó como un rayo. Alrededor del hombre caído sobre la acera se estaba arremolinando la gente.

Ellos también se aproximaron. Un guardia se acercaba escandalizando con su silbato.

El muerto estaba de cara al cielo neblinoso. Había perdido el sombrero y sus ojos muy abiertos parecían mirar al más allá con expresión interrogante, como si no comprendiera por qué le habían matado...

Dane apartó a una mujer y ambos pudieron ver el cadáver.

Lissa ahogó un grito, un lamento de bestia herida. Su corazón

latió desacompasadamente y su rostro adquirió una palidez mortal.

Dane, petrificado, no daba crédito a sus ojos. Oyó la voz agónica de Lissa cuando susurró:

—¡No es posible!... No... ¡Giano de Lucca!

Cierto; el cadáver era el del temido Giannomo de Lucca, ni más ni menos.

CAPÍTULO XV

—GIANO...

Lissa repitió el nombre, casi inconscientemente. Su cerebro era una desordenada masa de imágenes y sensaciones disconformes e incomprensibles. Giano había muerto en la montaña. Ella había visto su cadáver destrozado por la ventisca...

Dane corría delante de ella, arrastrándola tras de sí.

—¡Vamos, corre! Nos estamos jugando el pellejo a cara o cruz.

Llegaron al muelle. Algunos camiones cargaban o descargaban mercancías. Muy pocos a aquellas horas. Por otra parte, Marathon no tenía la categoría requerida para que su movimiento portuario se reflejase en algo más tangible que las minuciosas estadísticas económicas del estado.

Habían dejado de correr y buscaron un lugar que les ofreciese refugio más o menos seguro. Lo encontraron en el Marine.

Era apenas una taberna con pretensiones de cafetería. Se sentaron en la mesa más apartada, arrinconada. Respiraron con más calma.

Un mozo en mangas de camisa acudió. Le pidieron whisky y esperaron sin hablar, todavía sobrecogidos por los tremendos sucesos vividos en los últimos minutos.

Solo cuando el mozo hubo depositado los dos vasos sobre la mesa, marchándose inmediatamente a atender el mostrador, Dane masculló:

—Nos han ganado la partida, linda... ¿qué te parece? Después de todo lo que pasamos...

—Olvídalo, Dane.

—No es fácil.

—Estamos vivos.

Era cierto. Estaban vivos. Giano de Lucca no podía decir lo

mismo.

—¿Sabes lo que me pregunto? El motivo porque Giano eligió precisamente Marathon para depositar el dinero...

—Deberías adivinarlo. Aquí está Feeney. Era el que debía sacarnos del país con su lancha... Ahora comprendo que Giano pensaba huir solo... dejándome en la estacada.

—Quizá tengas razón... ¿Qué se siente al darse cuenta que nos han tomado la cabellera, amor?

—Asco. Y repugnancia de una misma por haber creído en las palabras falsas de un canalla... En realidad, él nunca pensó cumplir sus promesas. Me necesitaba, pero cuando pudiera escapar ya no le serviría de nada...

—Un momento, déjame pensar —la interrumpió Dane, frunciendo el ceño—. Si Giano pensaba escapar valiéndose de Feeney y su lancha... podemos suponer que los restantes miembros del *Sindicato* pueden tener la misma idea. ¿No te parece?

—Es probable...

—Y apuesto que el que le ha soltado los plomos a Giano era uno de los gerifaltes... y ha escapado con el dinero. ¿A dónde puede dirigirse, perseguido y acorralado?

Ella desorbitó los ojos.

—¡En busca de Feeney, naturalmente!

—Okey, monada. Todavía tienes una probabilidad de embolsarte el quince por ciento... Vas a quedarte aquí y no te moverás hasta que yo regrese. ¿Conforme?

—¡Pero, Dane...!

—Acostúmbrate a obedecer sin protestar, amorcito. ¿por casualidad, no sabes dónde tiene amarrada su lancha el amigo Feeney?

—No, Dane, pero no quiero que te arriesgues más. Al diablo el dinero, yo...

—No blasfemes —le respondió, riendo y levantándose—. El dinero es una gran cosa, especialmente en tan grandes cantidades. Espérame aquí, ¿conforme?

—Dane...

—Todo irá bien. Es el último intento que hago.

—¿Seguro?

—Palabra de honor.

Ella sonrió. Sus labios exangües se le antojaron a Burke una fruta apetecible, pero se contuvo. Había demasiada gente por los alrededores. Solo dijo como despedida:

—No me olvides mientras esté ausente... porque volveré y...

—Dane... te quiero.

—Así debe ser.

Giró sobre los talones y salió de la taberna.

Lissa le vio partir con un brillo de lágrimas en los ojos. Sabía que jamás volvería a encontrar otro hombre como Dane. Era la oportunidad de convertir su vida en algo limpio y brillante, amando y siendo amada con todas las ansias de su ser...

Y si lo perdía...

Pero no podía perderlo. No a Dane. Del fondo de su corazón una plegaria sin palabras voló al infinito, apenas hecha súplica...

* * *

En la carretera, Charlie Samon detuvo un De Soto. Echaron fuera a los asustados ocupantes y toda la pandilla se metió en el coche.

—¡Allí vienen! Acelera...

La exclamación partió del impaciente McCune, cuyos ojillos no se apartaban de la pendiente pizarrosa.

El auto salió disparado. Bernie Brown rezongó:

—Valientes estúpidos hemos sido... Darán la alarma y nos cazarán como a un rebaño de liebres asustadizas. Nos atraparán en cualquier curva de la carretera.

Samon era el único que conservaba la calma. Con voz seca dijo:

—No si nos damos prisa en llegar a Marathon. Feeney nos prestará su cascarón hasta estar en lugar más seguro.

—Es cierto... En ocasiones tienes ideas que valen la pena.

Tomaban las curvas sobre dos ruedas, de manera suicida. Pero apenas si lo notaban acuciados por el temor y la excitación, confiando en las reconocidas dotes de buen conductor de que Samon hacía gala.

Pasaron Atlanta, camino del sur.

Feeney se había convertido en el personaje más importante de la partida. Todos ellos sabían que sus vidas dependían de él ahora.

Resultó un viaje de pesadilla, siempre temiendo ser interceptados por los patrulleros. Pero lograron entrar en Marathon

sin ningún tropiezo. Por lo visto, la alarma se había extendido a sus espaldas dándoles tiempo a poner tierra de por medio.

—Estamos salvados, muchachos —cacareó Samon—. Tan pronto como demos con Feeney...

Al cabo de unos segundos alguien preguntó:

—¿Y los ciento cincuenta mil «pavos» qué?

—Mala suerte —resopló McCune—. Lo primero es lo primero, y para mí, lo primero es mi pellejo. No me gustaría que las moscas se pasearan por encima de mi cadáver.

—No sucederá nada semejante. Y ahora silencio. No quiero distraerme y contravenir alguna señal de tráfico... una denuncia ahora nos haría polvo.

Condujo con sumo cuidado. Bernie Brown miraba por la ventanilla no sin cierto temor. Así, fue él quien pegó un salto al pasar por delante de la oficina de Correos.

—¡Mirad! —aulló, gesticulando como un loco.

Hasta Samon volvió la cabeza. Un hombre acababa de salir corriendo del edificio. Y aquel hombre...

—¡Por todos los demonios, Giano!

Era Giano de Lucca.

No podían creerlo. Giano estaba muerto...

—¡Giano! —jadeó Samon deteniendo el coche.

Entonces se fijó en el paquete que Giano llevaba bajo el brazo. Sintió un sudor frío bajarle por la espalda.

—¡Los ciento cincuenta mil...! —barbotó, abriendo la portezuela y apeándose de un salto.

Desenfundó la pistola al echar a correr. Sus ojos estaban fijos en el paquete, como hipnotizado. Apenas si la comprensión de la identidad de aquel hombre penetraba en su cerebro.

Solo aquella fortuna al alcance de su mano.

¡Ciento cincuenta mil dólares...!

Ciento cincuenta mil motivos para convertir a un hombre en una criba...

Ciento cincuenta mil soluciones al gran problema de cómo vivir sin dar golpe.

De manera que disparó. Toda la carga zumbó en busca de la figura encorvada que escapaba con el fortunón.

Giano de Lucca desorbitó los ojos y la boca a un tiempo. El

plomo se hundió en él como si fuera mantequilla. De hecho, no respiró siquiera, no comprendió que moría porque la muerte entró dentro de él tan rápidamente que no tuvo tiempo de advertirlo.

Charlie Samon cruzó la calle aullando como un lobo, mientras en alguna parte se elevaba el lamento de una sirena policiaca. El estruendo de la ráfaga de disparos todavía vibraba en el aire cuando Samon llegó al lado del cuerpo que acababa de derrumbarse. En el mismo instante, el coche-patrulla dobló una calle, dos esquinas más arriba.

Se inclinó, fascinado por la cara de aquel hombre que parecía haber querido morir dos veces. Recogió el paquete y se enderezó.

Entonces, desde el auto policíaco, hicieron un disparo al aire para advertir su presencia. Quizá pensaban que la sirena no era suficiente. El caso es que el disparo tuvo la virtud de desmoralizar al sobreexcitado Samon, que echó a correr en zigzag, completamente olvidado del De Soto que en aquellos instantes emprendía la fuga.

Todo lo que podía pensar en aquellos instantes era que los ciento cincuenta mil dólares estaban en sus manos y que no los soltaría por nada del mundo.

Así que corrió como loco. Oyó los primeros disparos cuando encontró a su paso la bocacalle salvadora que iba a conducirlo al puerto. Corría con mucho más entusiasmo que si llevara la antorcha olímpica y le esperara un trofeo al final del recorrido.

Llegó al puerto y siguió corriendo. Su instinto le decía que era lo único que le quedaba por hacer. Debía correr... correr. Encontraría a Feeney y estaría salvado.

Al diablo con los demás. Que se fueran al infierno. No verían ni uno solo de aquellos dólares. Ya no le importaba nada.

Pero, por el contrario, a ellos sí les importaba la suerte de Samon. Bernie Brown había tomado el volante al arrancar delante de Correos, lanzándose en dirección a los muelles. No consiguieron dejar de oír la sirena policiaca, pero ya sabían que no era a ellos a quienes perseguían, sino a aquel loco de Samon... y al paquete que llevaba en brazos.

Maldecían con todo entusiasmo. Aquello era mucho dinero para desperdiciarlo... y Samon, en lugar de correr hacia el coche había decidido escapar con todo el botín. ¡Valiente traidor!

Entonces lo vieron. Corría alocadamente, en zigzag junto al muelle, al borde del mar que tenía un color sucio y un poco revuelto.

Bernie sujetó el volante con una mano y empuñó un revólver con la otra. Los otros le imitaron.

—Hay que cazarlo —dijo.

Entonces, el coche policíaco desembocó también en los muelles. Pero le llevaba ventaja. Todavía podrían huir con el botín...

Disparó.

Dispararon todos.

Dane Burke, que seguía buscando a Feeney, pudo contemplar el espectáculo con boleto de primera fila. Samon corría hacia él sin verle todavía, ajeno a cuanto no fuera el paquete que sujetaba amorosamente contra su pecho.

Un De Soto sucio de barro estaba aproximándose a la pequeña figura. Y un coche policíaco volaba en pos de ambos.

Él se detuvo, agazapándose en unos escalones que descendían hasta las lanchas amarradas al muelle. Desde allí vio asomar un brazo armado por la ventanilla delantera del De Soto. Otras manos armadas surgieron por las otras.

Se oyó un disparo. Samon pareció tropezar y trastabilló. Más disparos. Samon saltó en el aire como lanzado por la mano de un gigante.

El coche policíaco dejó las inhibiciones de lado y comenzó a escupir fuego como un volcán. Pareció un acorazado a punto de reventar. Fatalmente, sus grandes proyectiles hicieron blanco donde debían y el De Soto dio un violento bandazo, cambió de dirección y acabó incrustándose con un estrépito de todos los demonios contra la pared de un almacén.

Casi al mismo tiempo, Samon se dobló y cayó a las sucias aguas con un fuerte chapoteo. Ni siquiera entonces soltó su amado paquete.

Dane suspiró al pensar en las frías aguas, pero dejóse deslizar por un lado de los escalones y se sumergió suavemente, en silencio.

Buceó hasta alcanzar el cadáver de Samon, que se hundía dando vueltas sobre sí mismo. Le arrancó el paquete de entre los dedos y casi tragó un galón de agua al intentar gritar de entusiasmo. Por fin, el fortunón estaba en su poder.

Comenzó a nadar rítmica y suavemente, buscando un lugar discreto por donde emerger. Pensó en Lissa y se sintió satisfecho. El quince por ciento de ciento cincuenta mil dólares y Lissa.

¿Qué más podía desear un hombre?

Y Lissa valía más que todo aquel dinero...

En realidad, no tenía precio.

Sacó la cabeza para respirar. La gente corría por el muelle. Los disparos habían cesado. Sonrió y se sumergió de nuevo, alejándose en busca de un lugar más tranquilo... y en busca de Lissa y del amor que esta le ofrecía. Ahora sabía que solo era suya y siempre sería así.

* * *

Sentados en el mostrador, ambos guardaban silencio. Prater se sentía en paz con el mundo, mientras devoraba un enorme bocadillo.

—Ha terminado como debía terminar —filosofó entre bocado y bocado—. ¿No opina lo mismo, Callahan?

El teniente sorbió un poco de whisky, pero no respondió.

—Esa mujer... Es cierto que Giano iba a pescar, ahora ya lo sabemos con seguridad. Así fue como conoció a Buddy Hard y su gran parecido físico, le dio la idea. Matándolo mataba dos pájaros de un tiro: Eludía el reparto con Lissa, a la que pensaba dejar atrás, y aparecía cadáver ante los muchachos del *Syndicate*, quitándoles así la posible idea de buscar su fortuna. Era la solución para largarse sin interferencias peligrosas. Listo, ¿eh?

Callahan volvió a gruñir. Estaba pensando en un condenado tipo llamado Dane Burke y en que había sido este quien recuperara los billetes, de manera que se embolsaría la recompensa del seguro...

—De modo que contrató a ese Spring —siguió el fiscal, obsesionado por los detalles del caso—. Le encargó que matase a Hard mientras él se mantenía apartado del escenario. Y esa Stella había sido amante del punto que disparó sobre Drummond. No puso obstáculos a la faena, naturalmente. Sobre todo, cuando su amigo le dijo que se repartirían cincuenta mil dólares que Giano le había prometido...

Sus mandíbulas trabajaban con ahínco. Callahan le escuchaba distraídamente. Seguía pensando en Burke, y en que este se había

llevado a Lissa... y en las dificultades con que iba a tropezar si quería incriminar a esta, dadas las circunstancias...

—De todas maneras —añadió Prater, entusiasmado—, Giano no pensaba repartir cincuenta mil dólares con nadie, claro. Eso fue una figura retórica. Mató a Springer cuando este se puso pesado y se empeñó en cobrar. Y esa mujer vivía aterrorizada tan pronto supo cómo estaban las cosas en realidad. Tuvimos la suerte de encontrarla a punto de caramelo. Fue el mismo Giano quien telefoneó a Keller para esparcir por ahí la grata nueva de su muerte. Naturalmente, de manera anónima... y lo mismo hizo con los periódicos locales.

—Y fue él quien debió seguir a Burke y a Lissa, cuando ambos salieron del Keller's, la primera noche.

—Naturalmente, y se mantuvo escondido para ver en qué paraba aquello. Necesitaba saber que Lissa estaba bien por si la cargaban con el mochuelo. Así fue cómo descubrió a June y sus mañas. Vio como capturaba a Lissa... e intervino en el momento oportuno. Lissa le interesaba viva y sin demasiados desperfectos para que, si nosotros la cargábamos con el crimen, estuviera en condiciones de mantenernos ocupados, lejos de sus propias huellas.

Callahan pareció despertar de golpe.

—Supongo que siguió los pasos de Burke hasta Marathon, temeroso de que le estropease la combinación, ¿eh?

—Seguro. Es sencillo, una vez se ha pensado en ello. Y ahora, el *Sindicate* está liquidado de manera radical... ¿Por qué demonios parece usted amargado, Callahan?

—No estoy amargado.

—Pues lo simula muy bien.

Acabó el gigantesco bocadillo y saltó del taburete.

—Para que vea que le aprecio, Callahan, esta noche le dejo que pague usted el gasto... nos veremos en mi despacho, más tarde.

Se fue, riendo. Callahan maldijo por lo bajo.

Seguía pensando en la pareja que, en alguna parte, no sabía dónde estarían retozando uno en brazos del otro...

«Bueno, al demonio con ellos.»

Acabó el whisky, pagó, y salió a la calle.

Y no se dirigió al despacho de Prater tampoco.

FIN

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS



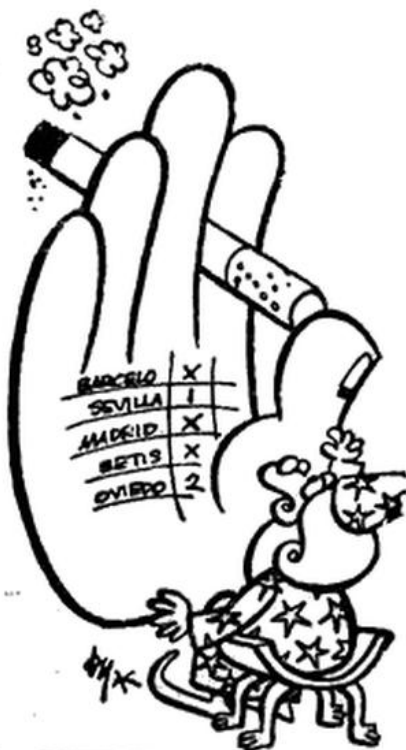
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



**MARABU
ZAS**



fans...



6 pesetas todas las semanas
La revista de la canción

es fans...tástica



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pías. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



OSBORNE

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*